

BEGASTRI

VENTANA AL FUTURO

CLARK CARRADOS

Ventana al futuro

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/150

CAPÍTULO PRIMERO

Abatido por completo, totalmente descorazonado, el profesor Meier apoyó sus codos sobre la mesa que tenía ante sí y hundió el rostro entre las manos.

En las últimas semanas, los cabellos del profesor, entre los que aún quedaban algunos de color oscuro, habían encanecido casi totalmente, con un ritmo más rápido que de costumbre, de modo que ahora su cabeza estaba rodeada por una espesa masa de pelo blanco, sin la menor mancha en su uniforme colorido.

Estaba sentado ante una mesa de gran tamaño, parecida en cierto modo a un órgano en el cual las teclas hubieran sido sustituidas por botones y los tubos por una larga serie de lamparitas multicolores, en el centro de las cuales se divisaba una pantalla circular de más de medio metro de diámetro.

La pantalla estaba dividida en cuadrantes por una serie de líneas blancas trazadas con matemática exactitud sobre el vidrio deslustrado, y en el momento actual aparecía apagada, sin luz, lo mismo que el resto de las lámparas, cuya actividad, hasta pocos minutos antes había sido intensísima.

El lugar en donde se hallaba el profesor era una amplia habitación, de forma cuadrada, sin ningún hueco en la misma a excepción de la puerta de entrada, situada a espaldas suyas. La renovación del aire y el acondicionamiento del ambiente se hacían por las máquinas

precisas, de un funcionamiento absolutamente automático y en completo silencio, sin molestos zumbidos.

A excepción de aquella extraña máquina, pocos aparatos más había en la estancia. Alguna calculadora, un proyector cinematográfico, un visófono para comunicar con el exterior y un par de cómodos sillones de discreto color eran cuanto componía la decoración del laboratorio, en el cual se sentía tan desgraciado el profesor Meier.

La puerta se abrió bruscamente y un hombre penetró en la habitación.

El hombre era alto, membrudo, sin que su fuerza física hubiera menguado por el transcurso de los años que, no obstante, apenas habían rebasado la cuarentena. El cabello le clareaba ya en la frente amplia y despejada, bajo la cual se advertían un par de ojos vivaces, de astuta expresión.

La abstracción del profesor era tal, que no se enteró de que había alguien más en la estancia. El recién llegado, por su parte, contempló silenciosamente a Meier, el cual continuaba con la cara sepultada entre sus manos, con gesto especulativo, sin dar señales de su presencia en el laboratorio.

Al cabo de un par de minutos, el recién llegado decidió actuar.

Meier separó su rostro de las manos, volviéndolo a medias. El otro advirtió la expresión de fatigada pena que se dibujaba claramente en las facciones del profesor.

—¿Qué le ocurre? —inquirió—. Lo noto cansado, incluso diría que enfermo, profesor.

Meier sonrió con tristeza.

—Mi fatiga desaparecería prontamente si no fuera por la pena, Eccles.

—¿Sí? —murmuró cortésmente el aludido.

—Sí, y usted lo sabe de sobra, Eccles.

—Vamos, vamos, profesor —sonrió Eccles—. Ya sé qué es lo que le ocurre; pero no me va a decir ahora que cree ciegamente en lo que le ha dicho ese aparato.

—Sí —contestó el profesor con voz serena y llena de fe—. Sí creo en lo que he visto en el predictor y usted, Eccles, que me ha ayudado a

construirlo, sabe que las predicciones que hemos visto en esa pantalla son exactas.

Eccles hizo un gesto vago, alzando los hombros. Luego, con paso negligente, fue hasta uno de los sillones y se sentó en él.

Cruzó las piernas y encendió un cigarrillo.

—Profesor —dijo—, es cierto que le ayudé a construir el predictor de acontecimientos. Lo hicimos como nuestro primer paso para la construcción de un cronomóvil que nos permitiera trasladarnos a través de las edades. Sabemos lo que ocurrió en nuestro mundo hasta ahora; pero ignoramos lo que va a pasar a partir de ahora. No podíamos arriesgarnos, pues, a trasladarnos al futuro, sin haber abierto una ventana por la cual pudiéramos mirar y saber lo que nos esperaba en nuestro viaje a épocas que todavía están por llegar.

Meier hizo girar su taburete y reclinó la espalda sobre el borde del órgano. Con gestos llenos de lentitud empezó a atacar su vieja pipa.

—Tiene usted razón, Eccles. Necesitábamos esa ventana… y la tenemos. Aquí —añadió, señalando con la boquilla de la pipa a sus espaldas—. Y ya sabe lo que hemos visto cuando nos hemos asomado a ella.

Eccles sonrió con suficiencia.

—Bueno, ¿y qué? Un ligero cataclismo, del cual pueden salvarse muchas personas. Pero ¿qué hay después, profesor?

—Nada —declaró con lacónico dramatismo el aludido.

Los dedos de Eccles destrozaron repentinamente el cigarrillo.

—¿Cómo… que «nada», profesor? Algo «tiene» que haber después… de eso. Usted confía en el predictor y yo, confiando en usted, también acato sus predicciones. Sabemos que hemos construido una máquina perfecta, pero no me irá a decir que el campo visual de esa ventana se reduce únicamente a la pared frontera. La hicimos para que abarcara un amplio panorama, un horizonte prácticamente ilimitado.

—Esa fue nuestra intención, pero, desgraciadamente, los resultados han sido muy otros, Eccles.

Este frunció el ceño.

—¿Quiere usted decirme que todo cuanto nos puede predecir ese trasto —dijo despectivamente, encendiendo un nuevo cigarrillo—, es solamente lo qué va a ocurrir en el corto plazo de doce meses?

Meier asintió.

—Así es, Eccles. La catástrofe ocurrirá, poco más o menos, dentro de doce meses. Una semana antes o después apenas tiene importancia. Pero lo que sucederá luego... —y el profesor concluyó sus palabras con un elocuente encogimiento de hombros.

—Entonces... ¿para qué nos sirve el predictor? —gruñó Eccles.

Meier enarcó las cejas estupefacto.

—¿Le parece poco lo que hemos obtenido, Eccles? Fortunas incalculables caerían a nuestros pies si hiciésemos público nuestro sensacional descubrimiento; los gobiernos nos pagarían...

Su interlocutor le interrumpió.

—¡Un cuerno para los gobiernos y lo que nos iban a pagar! —refunfuñó Eccles, chupando nerviosamente de su cigarrillo—. ¿Para qué nos iban a servir todas esas toneladas de billetes si no podríamos gastarlas en el año que nos queda? Hemos de hacer algo, profesor; no podemos permanecer parados. Quiero... debemos saber —se corrigió Eccles—, lo que ocurrirá después de pasado ese tiempo.

Meier sacudió con pesimismo su blanca cabeza.

—Lo siento, hijo mío, pero todo cuanto se tenía que hacer, está ya hecho.

—¡Eso es imposible! ¡Nuestros cálculos...!

—Nuestros cálculos, amigo Eccles, han fallado en parte. Nuestra ventana sólo puede entreabrirse un poquito o, como ha dicho antes muy acertadamente, su radio de acción visual se limita al muro frontero. Pero, en pasando del año, no se puede predecir nada.

—¿Que es lo que vio usted en la pantalla, profesor?

Meier sonrió.

—Eccles, está mejor dicho qué es lo que «no» vi. Seguí paso a paso todas las fases del acontecimiento que muy pronto empezará a desencadenarse, pero en cuanto llegué a la fecha límite, una especie

de velo o niebla, como lo quiera llamar, surgió en la pantalla, impidiéndome ver nada más en absoluto.

La cara de Eccles adquirió una expresión de asombro.

—¿Está... está seguro, profesor? —balbuceó.

—Absolutamente —contestó el interpelado, sacudiendo la cazoleta de su pipa contra el tacón del zapato—. Además, usted, Eccles, ha sido mi principal y único colaborador y conoce el manejo del predictor tan bien como yo. Hágalo funcionar; así se convencerá de que mis palabras no pueden ser más exactas y verídicas.

Eccles miró unos segundos al profesor y luego, arrojando repentinamente el cigarrillo al suelo, se puso en pie.

Meier se levantó, dejando el puesto libre a su ayudante. Éste se sentó ante el órgano y, con hábiles dedos, llenos de singular agilidad, empezó a manejar el complicado sistema de diales y controles que tenía frente a sí, permitiendo el encendido casi simultáneo de numerosas lamparitas de todos los colores del espectro.

Media hora más tarde, Eccles, bañado literalmente en sudor, se levantaba de su asiento y, sin pronunciar palabra, se encaminó hacia un pequeño armarito empotrado en la pared, del que sacó una botella de licor.

Descorchándola con nerviosos gestos, se llevó el gollete a los labios, bebiendo largamente. Luego, bajando la mano miró al profesor, sin curarse en absoluto del hilillo de «whisky» que le resbalaba por el mentón.

—¡Es... es algo espantoso, profesor! —acabó por decir.

—Mucho, hijo mío; pero te advierto —sonrió Meier tranquilamente—, que no por embriagarte conseguirás evitar la catástrofe.

Eccles miró la botella de nuevo y luego, repentinamente, volvió a colocársela en la boca, repitiendo el trago. Después la colocó dentro del armario, cuya puerta cerró de un fuerte manotón.

—Entonces, profesor —exclamó—, ¿usted cree que nuestro mundo va a ser destruido «totalmente»?

—Esa palabra última suya, amigo Eccles, es acaso inexacta. Las informaciones que poseemos son de que algo va a ocurrir, que

extinguirá totalmente la vida en nuestro planeta. Pero no parece que éste vaya a desaparecer en absoluto.

—¡Lo mismo me da! —exclamó abruptamente Eccles—. La destrucción…

Meier movió su dedo índice de derecha a izquierda.

—No es lo mismo, querido —dijo—. Es muy diferente la novación de una estrella, en este caso, nuestro sol, en cuya coyuntura todo el sistema solar quedaría destruido por las llamas, que un pequeño recalentamiento que, elevando la temperatura media ligeramente por encima del punto de ebullición del agua, se limite a destruir todo signo de vida sobre la superficie del planeta. Los elementos sustanciales de nuestro mundo, la tierra, el agua y el aire, quedarán subsistentes, lo cual permitirá dentro de un plazo de tiempo aún desconocido para nosotros la habitabilidad del mismo nuevamente.

—Pero no estamos seguros de que ocurra así —dijo Eccles.

—¿Qué otra posibilidad, pues, sugiere usted?

Eccles se encogió de hombros.

—No lo sé —repuso—. Tendría que pensármelo y, en las circunstancias actuales, disponemos de cualquier cosa, menos de tiempo para la meditación. No obstante, si todo va a suceder como ese condenado cacharro ha predicho, parecería una cosa bastante sensata asegurar nuestra supervivencia.

—Yo había pensado ya en ello, Eccles —dijo Meier reflexivamente—, pero, ¿sabemos acaso cuánto tiempo va a durar la inestabilidad térmica del Sol? Lo mismo puede ser el necesario para acabar con toda la vida, es decir, sólo unos pocos meses, que dos o tres o quién sabe Dios cuántos siglos. Esa barrera de niebla que se forma en cuanto intentamos pasar de los doce meses, nos lo impide ver.

Eccles asintió. Calló un momento y luego preguntó:

—¿Se había formado algún plan al respecto, profesor?

—Sí. Sea como sea, hay que asegurar la supervivencia de nuestra raza.

Eccles enarcó las cejas, visiblemente interesado por las últimas palabras de Meier.

—¿Sí, profesor?

—Sí. Vamos a perecer todos en un cataclismo sin precedentes, Eccles. Pero no podemos dejar que nuestra civilización y nuestros conocimientos perezcan. Hemos de salvarlos, aunque para ello hayamos de pagar un alto precio.

—¿Sugiere usted la construcción de una nueva arca de Noé, profesor?

Meier sonrió como si la idea de su ayudante le divirtiera muchísimo.

—Pues… sí, en algo de eso había pensado. Pero, naturalmente, no podemos construir un navío que flote sobre unas aguas en ebullición.

—¿Entonces…?

—Verá usted, Eccles. Yo había pensado en excavar una oquedad en el fondo de una montaña, no importa alta o baja, sino que la cueva sea bien profunda, de modo que las alteraciones térmicas que se van a desencadenar sobre nuestro planeta, no influyan o si acaso en grado mínimo, sobre ella.

—No está mal, profesor —dijo Eccles—. ¿Y piensa sepultarse en esa cueva y aguardar?

Meier sonrió tristemente.

—No, hijo mío. Yo soy ya demasiado viejo y, puesto que ignoramos el tiempo que va a permanecer el sol en fase de recalentamiento, acaso no pudiera durar lo suficiente para salir de nuevo a la superficie, una vez vuelta la Tierra a la normalidad. He pensado otra cosa muy diferente, de la cual espero unos resultados totalmente positivos. Escúcheme con atención…

Durante largo rato, Eccles permaneció en silencio, oyendo con infinito recogimiento cada una de las palabras que pronunciaba Meier.

Al acabar éste, Eccles, con un acento lleno de aprobación, exclamó:

—¡Una magnífica idea, profesor! Una magnífica idea, llena de una abnegación que le honra a usted. Confieso lisa y llanamente que a mí jamás se me hubiera ocurrido.

—Es lo menos que podemos hacer por nuestro planeta, tan gravemente amenazado, Eccles —sonrió tristemente el profesor.

—¿Cuándo piensa usted pasar a los hechos? —inquirió Eccles.

—Mañana mismo, si es posible —repuso Meier—. No podemos perder un segundo; el tiempo nos apremia terriblemente y hemos de ganarle esta carrera. Afortunadamente, Eccles, usted sabe que la cuestión monetaria no importa; es gracias a la fortuna personal, heredada de mis padres, que pude dedicarme solo, sin otra ayuda que la suya, a la investigación pura. Por lo tanto, estoy en situación de poder gastarme hasta el último céntimo de mi capital, con tal de asegurar la supervivencia a los que, a su vez, se encargarán de perpetuar nuestra raza y civilización.

—¿Ha pensado usted en alguien, de modo particular? —preguntó Eccles.

El profesor sacudió la cabeza. Dijo:

—No, pero esto es lo de menos, amigo mío... hasta cierto punto, naturalmente. Usted va a dar los primeros pasos para la realización práctica de mi plan, en tanto que yo me cuido de empezar a investigar sobre la vida de las personas encargadas de conservar la de nuestro planeta.

—Perfectamente, profesor —asintió Eccles, encendiendo un cigarrillo —. En cuanto me dé usted las primeras instrucciones, empezaré a trabajar.

* * *

—¿Cómo van las investigaciones del profesor Meier?

El hombre que había hablado era joven y de gallarda apostura, vestido con una corta túnica sin mangas, de brillante color azul, y se dirigía a otro hombre, vestido también de forma muy parecida, que se encontraba respetuosamente en pie ante él.

—Perfectamente en todo, salvo en un punto, Excelencia —contestó Vinn Lathio, Agente Primero del Servicio de Investigación Temporal.

Jan Roder, Jefe Supremo de dicho servicio, frunció el ceño. Sus largos dedos, concluidos en unas bien cuidadas uñas, tabalearon con cierto nerviosismo sobre la pulida mesa tras la cual se hallaba sentado.

—Hágame el favor de explicarse, Lathio. Hasta hace muy poco, los

trabajos del profesor iban muy adelantados.

—Es cierto, Excelencia. Pero, como dije antes, han tropezado.

—¿Con qué, Lathio?

—Excelencia, su predictor se ha estancado en el plazo de doce meses, de los antiguos, claro está. A partir de los doce meses, la pantalla del predictor se vela y no puede señalar los acontecimientos que ocurrieron después.

El rostro de Roder palideció profundamente.

—¡Es un contratiempo gravísimo, Lathio!

El agente se inclinó levemente.

—Eso mismo pienso yo, Excelencia.

Roder se levantó y empezó a pasearse por la estancia, con las manos situadas a la espalda. Y mientras tanto habló:

—Meier debe saber lo que ocurrirá después, ¿comprende usted, Lathio? Es desde todo punto necesario que ese velo desaparezca de la pantalla del predictor de Meier y hay que hacer algo urgente para ayudarlo.

—Estoy en todo de acuerdo con su Excelencia —dijo el agente.

—Sí —continuó Roder—; hemos de ayudarle. En el momento actual, Meier no sabe si el periodo de recalentamiento del Sol durará unos meses o unos siglos. Tiene un plan correcto y lógico, como el que desarrollaría cualquier persona en su misma situación, pero ese plan adolece de la falta de información acerca del punto temporal. ¿Qué ocurrirá si él prepara las cosas sólo para unos cuantos años?

Lathio se estremeció.

—Prefiero no imaginármelo, Excelencia —murmuró, poco menos que aterrorizado.

—Pues imagíneselo usted, Lathio. Si Meier se equivoca al desarrollar su plan, usted y yo no estaríamos ahora aquí, hablando frente a frente. La destrucción de la vida humana sería total y absoluta y... Bueno, ¿es preciso continuar?

—No, Excelencia; el resto es fácil de suponer.

—Es preciso hacer que intervenga el Departamento de Cronomóviles. Debemos enviar a aquella época un par de agentes para que, de un modo disimulado, ayuden al profesor y le sugieran cuanto debe hacer para quitar el velo de la pantalla de su predictor. Pero esa ayuda habrá de ser prestada en forma tal que Meier no sepa nunca que hemos enviado a alguien que ahora se encuentra a seis mil años de distancia para arreglarle el pequeño defecto que tiene su predictor, ¿me comprende usted, Lathio?

—Perfectamente, Excelencia.

—Muy bien, pues. Aguarde aquí un momento. Quiero que el Jefe del Departamento de Cronomóviles sepa exactamente todo lo que está ocurriendo. Así podrá disponer mejor sus planes.

Roder pulsó un botón del pequeño cuadro de mandos que había sobre la mesa y luego, en completo silencio, aguardó.

CAPÍTULO II

Con el corazón a punto de estallarle, falto de aire en sus pulmones, John Rhoderick se detuvo, mirando en torno suyo, con la misma expresión de una bestia acorralada.

Estaba en un lugar salvaje, lleno de vegetación baja, compuesta casi únicamente por espesos matorrales y arbustos, muchos de ellos espinosos, los cuales le habían desgarrado las ropas y la carne al tratar de abrirse paso a través de ellos. En aquel momento, se encontraba casi en la cúspide de una colina que dominaba ampliamente el panorama circundante, pero, del cual sin embargo, podía ver muy poco, puesto que la vegetación se lo ocultaba en su mayoría.

Rhoderick estaba cansado, infinitamente cansado, y de buena gana se hubiera tumbado en el suelo a descabezar un sueñecillo, pero no podía hacerlo bajo ningún concepto, porque sabía que entonces sería apresado indefectiblemente. Pues John Rhoderick era un convicto, evadido de presidio, en el cual, hasta pocas horas antes, había estado aguardando el cumplimiento de la fatídica sentencia de muerte que

había recaído sobre él.

«Tenía» que seguir andando. ¿Qué importaba que el corazón le latiera a un ritmo casi doble del normal? ¿Qué importaban sus jadeos? ¿Qué importaba el mar de sudor que le cubría todo el cuerpo? ¡Adelante o perecer!, era la consigna que a sí mismo se había dado.

Después de aquel breve respiro, continuó el avance. Tenía las manos tan laceradas que no sintió en ellas las agudas punzadas de un espinoso matorral que se le interpuso en su ruta y cuyas ramas apartó para poder atravesarlo. Un trozo de la tela de su pantalón quedó enganchado en las espinas, pero John lo tomó y lo guardó en el bolsillo, para no dejar pruebas reveladoras de su paso por aquel lugar.

Bruscamente, un sonido escalofriante llegó a sus oídos en el claro y cálido ambiente de la tarde en que estaba viviendo.

John se detuvo desconcertado.

El sol, empezando a tomar un glorioso color dorado, descendía ya hacia su lecho cotidiano y parecía como si en aquellos momentos, en que se despedía de la humanidad hasta la mañana siguiente, quisiera hacerlo aumentando más la potencia de sus rayos. Todo el ambiente estaba envuelto en una dorada calidez y, sin duda, John se hubiera sentido allí infinitamente feliz, pese a su situación, a no ser por aquel sonido que acababa de desgarrar sus tímpanos con su tormentoso impacto.

¡El aullido de los sabuesos!

Todavía estaban muy lejos los perros, cosa claramente denotada en el apenas audible tono de sus coléricos ladridos, pero era indudable que le seguían la pista y que no tardarían mucho en darle alcance. Podría mantener las distancias durante algún tiempo, mas, ineludiblemente, a la larga o a la corta, acabaría por ser capturado. Y a Rhoderick no volvería a presentársele una segunda oportunidad para evadirse.

Después de aquellas reflexiones, hechas en un brevísimo tiempo, John reanudó su carrera.

Literalmente, ignoraba dónde se hallaba, pero esto tampoco le importaba gran cosa. Era su instinto el que le empujaba a huir, aun sabiendo que todos sus esfuerzos estaban condenados al fracaso, pero no quería confesar su vencimiento hasta el último momento. Aún estaba libre y quería seguir siéndolo, a pesar de que el plazo de tal libertad se iba acortando más y más a cada segundo de tiempo que

transcurría.

Bruscamente, su pie tropezó con una raíz saliente y cayó de bruces. Intentó levantarse y no pudo.

Lo intentó de nuevo y fracasó.

Un sollozo acudió a su garganta, mas por la impotencia de saberse ya derrotado que por el dolor que, en lacerantes ondas, recorría todos los rincones de su cuerpo. Crispó las manos, engarfiando los dedos en el suelo y las uñas se le llenaron dolorosamente de tierra.

Un aullido sonó, ahora a más corta distancia que los anteriores. Ya no estaban tan lejos los sabuesos, y Rhoderick, haciendo un esfuerzo, apoyándose en las rodillas y en las palmas de las manos, se incorporó un tanto, tratando de seguir su camino, aunque fuera a gatas o arrastrándose.

Pero no pudo. Y no fue porque en aquel cortísimo descanso no hubiera reunido fuerzas suficientes para recorrer media docena de metros.

Algo se lo impidió.

Había caído en un claro, limpio de matojos, de unos veinte metros de ancho, cerrado en dos de sus sitios por un irregular amontonamiento de rocas, cuya altura oscilaba entre los cuatro y los quince metros. El sol, con sus últimos rayos, cada vez de un tono más fuerte, golpeaba de lleno aquellas rocas, proporcionándoles unos tonos de una belleza y un colorido realmente espléndidos.

Repentinamente, la luz aumentó. Fue sólo en el sector rocoso, pero el ambiente luminoso empezó a oscilar, aumentando y disminuyendo su intensidad como si vacilara la fuente de energía que la producía.

Pero aquello no tardó en estabilizarse. Frente a Rhoderick, a unos diez metros escasos de distancia, hubo un aumento intolerable de la densidad de la luz, cosa que le obligó a cerrar los ojos, para no cegar. Sin embargo, Rhoderick pudo darse cuenta de que aquella extraña luminosidad no era general, sino que se producía en un reducido ámbito, como de unos cuatro o cinco metros de diámetro, sin que la luminosidad se propagase a las regiones contiguas.

Repentinamente, la luz se extinguió. No la solar, sino la otra, aquella tan rara y que tanto había extrañado a Rhoderick. Éste lo advirtió a través de sus párpados, por lo que se atrevió a abrir los ojos.

La mandíbula le colgó repentinamente al advertir el extraño artefacto que tenía ante sí, un rarísimo aparato como jamás había visto antes de entonces, dentro del cual había dos hombres que lo miraban con interesada expresión.

El aparato parecía un helicóptero, del tipo «batidora de huevos», al cual hubieran dejado únicamente su transparente cabina semiesférica, desposeyéndolo en absoluto de todos los demás adminículos. Incluso los sillones de que estaba provisto parecían los normales en un artefacto de aquella índole, a no ser porque carecía de las palancas de dirección y gobierno.

En lugar de éstas, disponía de una columna cilíndrica, de unos veinticinco centímetros de espesor, la cual se ensanchaba en la parte superior en una especie de tablero de mandos, plano y de unos diez centímetros de grueso por cuarenta de lado, algo inclinado hacia los asientos. Salvo este aparato, los sillones y los ocupantes, no se advertía ningún otro elemento en el artefacto, el cual, por otra parte, carecía en absoluto de las ruedas o patinas comunes en los helicópteros normales.

Absorto en la contemplación de tan extraño aparato, surgido misteriosamente y sin previo aviso ante él, Rhoderick llegó a olvidar por unos momentos lo angustioso de su situación.

Terminando de ponerse en pie, caminó con débiles y vacilantes pasos hacia la semiesfera, advirtiendo que seguía siendo contemplado interesadamente por sus ocupantes.

Pero al llegar a un metro del aparato, el alarido de un sabueso desgarró nuevamente sus tímpanos. Su cara tomó un tinte cadavérico y, sin poderse contener, de un modo totalmente instintivo, alargó su mano hacia la pareja de desconocidos.

—¡Ayúdenme, por el amor de Dios! —pidió con acento desgarrador.

—¿Qué le ocurre? —preguntó una voz. Uno de los dos hombres había hablado y sus palabras habían salido a través del vidrio, a pesar de que éste parecía totalmente estanco a los sonidos.

Mas entonces Rhoderick no estaba para preocuparse de lo que, para él, era una minucia insignificante.

—¡Me persiguen! ¡Quieren atraparme… y si lo consiguen me matarán!

El hombre que le había hablado frunció el ceño y luego, volviéndose

hacia su compañero, cambió con él unas breves palabras que Rhoderick no pudo percibir. El otro asintió, tras corto titubeo, y entonces, el primero, agitó la mano.

—Pase usted —dijo.

Rhoderick avanzó un paso, llegando hasta tocar casi la cúpula transparente. Se detuvo

—No puedo seguir. Esto me lo impi...

Rhoderick, estupefacto, cortó sus palabras. Había alargado su brazo, intentando señalar con el índice el vidrio de la cúpula, pero, ante su infinito asombro, su mano pasó a través de la cáscara transparente, como si ésta no existiera.

Y, sin embargo, el convicto sabía que estaba allí, que nadie había echado a un lado la menor porción de aquel vidrio curvado en hemisferio.

—Pase, pase sin miedo —le dijeron.

Entonces, Rhoderick, desechando en parte sus temores, avanzó.

Se encontró repentinamente bajo la cúpula y el individuo que le hablara le señaló un sillón que había tras él.

—Siéntese y descanse, amigo. Parece muy fatigado, ¿no?

—Sí... sí..., en efecto —dijo Rhoderick—. Es... estoy terriblemente cansado y...

—Me llamo Esmiz, Pall Esmiz —dijo el hombre, continuando tranquilamente sentado en su asiento—. Éste es mi compañero y se llama Vinn Lathio. Pero, ¡qué descuidados somos! Está usted diciendo que se encuentra cansadísimo y no nos hemos acordado siquiera de...

Esmiz sacó un frasquito de su bolsillo y desenroscó el tapón metálico en forma de vaso, en el cual vertió unas cuantas gotas del líquido anaranjado que aquél contenía.

Entregó el vasito a Rhoderick y le dijo:

—Beba sin temor, amigo; esto le aliviará.

Rhoderick hizo lo que le decían y al instante sintió cómo una dulce calidez se le esparcía por todas sus venas. Relajó los músculos notando

un enorme alivio y luego sonrió.

—Gracias, amigos. Y ahora, si no les importa, vayámonos de aquí.

—¿Por qué hemos de irnos? —preguntó Esmiz—. Aquí estamos bien, ¿no es así, Lathio?

—Sí, Esmiz —contestó lacónicamente el interpelado.

Rhoderick echó el busto hacia adelante, asiendo con ambas manos el respaldo del sillón en que se encentraba Esmiz.

—¡Es que usted no lo comprende! ¡Me persiguen… y tienen perros sabuesos que los están guiando! Llegarán indefectiblemente aquí antes de cinco minutos.

—Será muy interesante ver venir a esas personas y esos animales que le persiguen, amigo. ¿Por qué quieren cogerle?

—Me evadí de presidio —dijo Rhoderick sombríamente.

¿Por qué había confiado en que aquellos hombres, de tan agradable aspecto, le iban a salvar?

—Presidio… presidio… —murmuró Esmiz meditabundo—. Es algo que he oído nombrar, pero que ahora, por más esfuerzos que hago, no consigo recordar. ¿Lathio?

—El presidio era un lugar donde antiguamente encerraban a los hombres que habían cometido algún crimen —contestó Lathio, con cierto tono de desabrimiento, que no pasó desapercibido para Rhoderick, pese a las circunstancias en que se encontraba.

—¡Ah, sí, ahora lo recuerdo! —exclamó Esmiz—. ¿Y por qué estaba usted en presidio?

Rhoderick volvió la cara.

—Maté a una persona y me habían condenado a muerte. Dentro de unos pocos días se ejecutaría la sentencia y…

El rostro de Esmiz adquirió una expresión horrorizada.

—¡Matar a una persona! —exclamó palideciendo por primera vez—. ¡Y luego querían matarle a usted!

—Así es —dijo Rhoderick de mala gana. ¿Para qué negar la evidencia?

—¿Por qué mató usted a esa persona? —preguntó Esmiz con el ceño fruncido.

Rhoderick soltó una sarcástica carcajada.

—¡Vamos, amigo, no me tome por tonto! No se lo dije al fiscal... ¿y usted quiere saberlo? Lo maté; eso fue todo, y nunca tuve la intención de negar mi crimen. Sí, ya sé que es un crimen quitar la vida a una persona, pero es que aquélla se merecía la muerte mil veces. No obstante, es muy posible que yo no la hubiera matado, de no haberme ella provocado con sus... Bueno, ¿y qué les importa eso a ustedes? Abran la puerta de este maldito trasto y échenme a los perros de una vez. ¿A qué esperan? ¿No los están oyendo cada vez más cerca? —concluyó nerviosamente el evadido.

Efectivamente, los ladridos de los mastines resonaban ahora terriblemente próximos y no pasaría un momento sin que apareciesen en el claro, al cual les llevaba indefectiblemente el rastro olfativo que dejara el evadido.

—En nuestra época no hay, mejor dicho, no suele haber criminales —dijo Esmiz reflexivamente—. Surgen de modo rarísimo, esporádico; pero cuando ocurre una catástrofe como ésa, porque nosotros tal contingencia la consideramos como una catástrofe, nuestros médicos se encargan de curar al culpable. ¿De qué serviría privarle de su vida? ¿Su muerte devolvería la vida que él cortó?

—Mire, amigo Esmiz —dijo Rhoderick—; yo estoy de acuerdo en todo eso que usted está diciendo, y más ahora que es mi pellejo el que está en juego. Pero si no hace algo, esos perros se nos van a echar encima. Y detrás de ellos vienen unos tipos capaces de hacer saltar a tiros esta cúpula... si es que en realidad hay cúpula —añadió el evadido, pensando en el modo como se había infiltrado a través de ella.

—Tiene razón, amigo mío —contestó el aludido—; hablando, hablando, nos habíamos olvidado del asunto más importante.

Apenas pronunciadas estas palabras, Esmiz puso las manos sobre el tablero de instrumentos que tenía ante sí, el cual se componía únicamente de media docena de sencillas esferas graduadas, bajo cada una de las cuales había una especie de llave o dial de control, sin que se viera nada más sobre su pulida superficie.

Al terminar, se echó hacia atrás.

—¿Qué es lo que ha hecho usted, Esmiz? —inquirió Rhoderick, el

cual, por primera vez desde que llegara allí, empezó a considerar seriamente la posibilidad de estar soñando o haber enloquecido.

—Ahora lo verá, amigo —contestó el aludido, echándose hacia atrás en el asiento y cruzando los brazos con toda tranquilidad.

Antes de que Rhoderick pudiera oponer la menor objeción, un par de perros irrumpieron en el claro.

Sus bocas abiertas, jadeantes los flancos, colgándoles las lenguas, de las que pendía un hilo de baba, los ojos inyectados en sangre, infundían realmente pavor a quienes los contemplaban, excepto a aquellos dos hombres tan extraños que Rhoderick tenía ante sí y que miraban con no disimulada curiosidad el espectáculo que se desarrollaba frente a ellos.

Los sabuesos se detuvieron en el claro, evidentemente desorientados y empezaron a ladrar desaforadamente.

«Pero no se oían sus ladridos».

Rhoderick se frotó violentamente los ojos, tratando de convencerse de que no estaba padeciendo alguna alucinación. Los perros estaban allí, en el centro del claro, yendo y viniendo, al mismo tiempo que movían rápidamente las colas y abrían y cerraban sus bocazas furiosamente.

Unos cuantos hombres de uniforme, todos ellos armados, irrumpieron también en aquel lugar. Asombrados, se detuvieron por unos minutos, las armas, rifles principalmente, a punto, escudriñando en torno a ellos.

Rhoderick los vio conversar entre sí, discutiendo a veces, y luego, de común acuerdo, se dedicaron a registrar las rocas y los matorrales.

Pero unos momentos más tarde, hubieron de convencerse de que el fugitivo que buscaban no estaba allí.

Accionando violentamente, acabaron por marcharse, no sin que dos de ellos atraillasen antes a los perros, los cuales parecían tan furiosos y defraudados como sus amos.

El claro, al fin, quedó desierto.

Dentro de la cúpula transparente hubo unos momentos de silencio, quebrado al fin por la voz de Rhoderick.

—¿Qué... qué milagro han hecho ustedes para que esos tipos no pudieran vernos?

Esmiz sonrió y miró a Lathio con aire de complicidad.

—Lo siento, amigo, pero no puedo decírselo. Además, no lo comprendería usted y... Bien, lo único que debe saber es que, por ahora, está libre.

Los ojos de Rhoderick se entrecerraron. No sabía a ciencia cierta lo que estaba ocurriendo, pero no le gustaba que se rieran de él.

—Escuchen —dijo—, si se han creído que me van a tomar el pelo...

—¿Tomar el pelo? —repitió extrañado Esmiz—. ¿Qué quiere decir eso? Lathio, usted que ha hecho ya un par de cronoviajes, ¿podría aclarármelo?

—Piensa que nos estamos burlando de él, Esmiz.

Rhoderick miró con asombro a aquellos dos hombres, cuyos ropajes, si bien eran de la época a la cual pertenecía, en cambio, sus modales en el hablar diferían notablemente. Se les entendía, pero no hablaban como él.

—¿De dónde son ustedes? ¿De qué lugar proceden? —preguntó.

Esmiz sacudió la cabeza.

—Preguntas son ésas, amigo, a las cuales no podemos contestar. Bástele saber que le hemos salvado la vida y que...

Rhoderick hizo un gesto despectivo.

—En cuanto se hayan ido ustedes y deje de funcionar este artefacto, los sabuesos volverán. No sé qué demonios de truco han empleado, pero me supongo que no los voy a tener siempre conmigo, ¿verdad?

Esmiz sonrió.

—No se preocupe, amigo; nada volverá a ocurrirle. Quisiéramos llevarle con nosotros a que le visitara un médico, aplicándole un tratamiento reeducativo, a fin de que, en lo sucesivo, no pueda reincidir en hechos tan desagradables como el que, según confesión propia, ha cometido usted; pero siéndonos eso imposible, habremos de dejarlo en sus manos.

—¿Cómo? ¿Que busque yo a un médico? —exclamó atónito Rhoderick —. Pero... ¡eso valdría tanto como ponerme yo mismo en manos de la policía! Ni lo sueñen, amigos; yo no...

—Las discusiones son perfectamente inútiles sobre este punto —cortó Esmiz tajantemente—. Ahora, amigo, deberá dispensarnos, pero nosotros hemos de marcharnos. Antes, sin embargo y salvo que usted opine lo contrario, nos gustaría saber su nombre.

El evadido hizo una mueca de amargura.

—No tengo ningún inconveniente en decírselo, amigos. Al menos, ustedes y aunque sea por medios poco menos que diabólicos, han prolongado mi libertad por unas cuantas horas. ¿Quién sabe si así no salvaré también mi vida? Me llamo John Rhoderick.

—¡John Rhoderick! —repitió estupefacto Esmiz.

—¡John Rhoderick! —exclamó, casi con un aullido, Lathio.

Y después de aquellas dos exclamaciones casi simultáneas, un gran silencio se desplomó sobre aquel lugar.

CAPÍTULO III

Durante unos momentos, unos y otros se observaron mutuamente y, en cierto modo, Rhoderick no era el menos asombrado.

El evadido fue al fin quien se decidió a romper aquel tenso y absurdo silencio.

—Bueno, amigos, ¿qué les ocurre? Ya les dije que me fugué del presidio donde me iban a ejecutar. ¿A qué viene, pues, ese asombro?

Esmiz y Lathio se volvieron a mirar. Pero ninguno de los dos contestó.

Rhoderick frunció el ceño.

—Escuchen, no me gusta un pelo lo que me está ocurriendo. Admito que debo estarles agradecido por lo que han hecho por mí, pero ello no les concede ciertos derechos que no estoy dispuesto a admitirles.

¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde vienen? ¿Qué es lo que piensan hacer? ¡Vamos, contesten estas preguntas!

Las últimas palabras de Rhoderick fueron pronunciadas casi a gritos, con un tono realmente imperativo que, si bien no intimidó a los dos hombres, sirvió, en cambio, para sacarles de su aparente apatía.

—Lo sentimos, amigo Rhoderick —dijo Esmiz, que continuaba llevando la voz cantante—. Por ahora no podemos decirle otra cosa que nuestros nombres. Acaso, si le sirve de algún consuelo, sepa que si pasó inadvertido a los ojos de sus perseguidores fue porque nosotros, gracias a este aparato, lo situamos durante aquellos momentos en una dimensión extratemporal distinta a aquella en que se encontraban ellos. Pero no podemos decirle más.

Las pupilas del convicto se dilataron.

—¿Qué es lo que está diciendo? ¿Una dimensión extratemporal? ¿A qué se refiere con esas palabras?

—Lo siento, Rhoderick, pero no puedo aclararle más —contestó pausadamente Esmiz, en tanto sacudía la cabeza. Hizo una breve pausa y después añadió—: Ahora, si no le molesta, desearíamos que saliera usted unos momentos de aquí. Mi compañero Lathio y yo tenemos que hablar.

El evadido miró fijamente a Esmiz y al fin, con leve encogimiento de hombros, asintió.

—Bueno, si ustedes lo quieren así…

—Pase sin miedo a través de la cúpula —dijo Esmiz.

Rhoderick obedeció.

Con los brazos cruzados, quedó delante del aparato, observándolo con innegable curiosidad, olvidado de todos sus dolores y padecimientos, tanto físicos como espirituales, enormemente asombrado, incapaz por completo de entender siquiera lo que le estaba ocurriendo.

Pero su asombro y su aturdimiento no eran tan grandes que no pudiera darse cuenta de la veracidad de las expresiones de sus salvadores, los cuales, a juzgar por los bruscos movimientos de sus ademanes, estaban discutiendo de firme. Lathio parecía llevar la peor parte y, al fin, con un indiferente encogimiento de hombros, el rostro congestionado por algo que se le parecía mucho a la ira, cruzó los

brazos, reclinándose en su sillón.

Esmiz se puso en pie y pasó a la parte posterior del aparato, sacando de ella una cajita negra, de unos veinte centímetros de grueso por el doble, aproximadamente, de ancho y de largo. Luego, como si la cáscara de vidrio no existiera, pasó a través de ella y se enfrentó con el convicto.

—Dispénsenos, amigo Rhoderick, por la discusión, de la cual usted, evidentemente, era el objeto principal. Ha sido una grandísima casualidad, absurda si se quiere, que hayamos ido a tropezar precisamente con usted; pero, ya que estamos aquí, necesitamos conservar su vida «a toda costa».

Rhoderick no dejó de advertir el énfasis con que Esmiz había pronunciado las últimas palabras. Mas no tuvo tiempo de demostrar su asombro.

Esmiz sacó un objeto de la cajita, que había depositado previamente en el suelo, y lo enfocó hacia Rhoderick. Éste se dio cuenta de que aquel diminuto artefacto se parecía mucho a una cámara fotográfica e instintivamente permaneció quieto en tanto el otro impresionaba varias placas de su rostro. Rhoderick intuía que aquellos sujetos no pretendían causarle daño alguno y por ello no puso pero alguno a las manipulaciones de que fue objeto a continuación.

Después de haberle fotografiado, Esmiz guardó la cámara y extrajo a continuación una especie de jeringuilla, con la cual y previas las manipulaciones consiguientes, le tomó unas muestras de sangre. Desinfectando luego un trozo de su antebrazo, le quitó también un segmento de epidermis, de unos dos centímetros cuadrados, cosas ambas que Esmiz guardó con infinito cuidado en unos recipientes apropiados al efecto.

En ningún momento sintió Rhoderick el menor temor, puesto que tanto antes como después, el extraño hombre aplicó a las regiones afectadas una especie de pomada que, volatilizándose casi inmediatamente, anestesió las partes tratadas. El cuadrado de piel fue recubierto por una especie de pasta espesa de plástico, del tono de la carne, que en pocos momentos pareció fundirse con la misma.

Después, Esmiz aplicó la misma pasta a todos los puntos de la anatomía del convicto que habían sido heridos o desgarrados por las espinas de los matorrales e, incluso, en ocasiones, hasta por las piedras. Las plantas de los pies de Rhoderick estaban casi en carne

viva, pero aquella maravillosa pomada disipó las llagas y los dolores como un viento huracanado las nubes.

Rhoderick no pudo contenerse.

—Escuche, amigo —dijo—, ¿por qué no me facilita la receta de esa pomada tan estupenda? Creo que me haría millonario antes de un año. Y a usted y a su amigo también les tocaría un buen pico, ¿no le parece?

Esmiz sonrió, dando por terminados sus manejos.

—Lo siento, Rhoderick; pero no puede ser. Esto traería consecuencias insospechadas y... Bien, créame que me resulta imposible. Ahora le voy a pedir un favor.

—Diga. ¿De qué se trata? A ustedes no puedo negarles nada —contestó Rhoderick, sintiendo un inmenso agradecimiento hacia aquellos hombres tan extraños.

—Verá, nos interesaría que se quedase usted por aquí, ahí exactamente —dijo Esmiz, señalando el amontonamiento de rocas situado tras su aparato—. Su encuentro ha trastornado bastante nuestros planes y antes de continuar adelante necesitamos pedir consejo.

—¿A quién?

Esmiz movió la cabeza, sonriendo.

—Es igual —contestó—; usted no lo entendería. Sólo le pido que, por lo que más quiera, no se mueva del lugar que le he indicado.

—No tengo el menor inconveniente —dijo Rhoderick—. Ahora bien, ¿qué haré si esos esbirros vuelven a perseguirme?

—No vendrán —contestó Esmiz con firmeza—. Por lo menos, en el lapso de tiempo que tardaremos nosotros en regresar. Búsquese un hueco entre las rocas y aguárdenos allí. Por favor, por lo que más quiera, ¡«espérenos»!

Rhoderick no sabía nada de lo que ocurría, pero intuyó que se trataba de algo excepcionalmente grave. Sin que nadie le dijera nada, en el fondo de su pecho nació una corriente de simpatía hacia el hombre que tenía frente a sí y se dijo que debía confiar ciegamente en cuanto Esmiz le ordenara. Afirmó con la cabeza.

—De acuerdo, amigo. Estaré ahí hasta su regreso.

Esmiz sonrió. Dijo.

—No lo lamentará, Rhoderick. Al contrario, de todo esto se va a derivar un enorme, grandísimo beneficio para usted. ¡Hasta la vista!

El evadido estrechó la mano que le tendían, sintiendo que el afecto hacia aquel hombre crecía bruscamente. Luego, Esmiz retrocedió hasta el aparato y penetrando en él, tomó asiento.

El otro, Lathio, se inclinó hacia adelante y manipuló en los controles del artefacto. Rhoderick vio que la mano de Esmiz se levantaba, agitándose en señal de amistad y correspondió al gesto con otro análogo. Casi en el acto, el aparato osciló, levantándose en el aire cosa de medio metro. Vibró perceptiblemente, al mismo tiempo que de él emanaba una luz verdosa fosforescente, que constituía un halo en torno a él, y luego su silueta, así como la de los hombres que había en su interior, empezó a borrarse.

La capacidad de asombro de Rhoderick se había agotado, de modo que todo lo que vio ahora le pareció perfectamente natural. Las figuras se difuminaron lentamente, hasta permitir el paso de los rayos visuales a través de ellas y luego, de un modo brusco, todo el conjunto se desvaneció, como si hubiera sido una pompa de jabón que hubiera estallado bruscamente.

Rhoderick permaneció todavía unos momentos en pie.

El Sol, convertido ya en una roja bola de fuego, estaba a punto de ocultarse tras el horizonte, atenuando su rápida caída la violencia de los rayos de fuego con que durante todo el día había combatido la superficie. Entonces fue cuando el convicto evadido sintió aflorar toda la fatiga acumulada y, con paso lento se dirigió hacia las rocas.

Hacía más de quince horas que estaba en pie, corriendo sin cesar, esquivando las acometidas de sus perseguidores de modo que casi parecía milagroso. Tenía hambre, pero la fatiga era un sentimiento superior y así, tras haber hallado un hueco protector entre dos rocas situadas en lo alto, en un rincón parcialmente cubierto de hierba agostada por los rigores del verano, se tumbó allí.

Se sintió cómodo.

Rhoderick colocó la cabeza sobre uno de sus brazos. Intentó pensar en la increíble serie de aventuras que le había sucedido en aquel

movidísimo día, pero la carne se sobrepuso al espíritu y casi sin transición se durmió profundísimamente, aun antes de que el Sol terminara de desaparecer por completo bajo el horizonte.

* * *

El rostro de los hombres que estaban reunidos en aquella amplia habitación tenía una común expresión: la de la ansiedad y la preocupación.

Nueve de ellos se encontraban sentados tras una mesa semicircular, y todos vestían de una manera poco más o menos semejante, exceptuando por el color de las prendas que los cubrían, los cuales eran suaves y de variados tonos. En el extremo de la derecha se hallaba el joven Jan Roder, Jefe Supremo del Servicio de Investigación Temporal.

Frente a ellos, dos hombres se hallaban sentados, cada uno en su asiento. Eran Esmiz y Lathio, aquél Piloto autorizado de Cronomóviles, con patente para todas las Edades.

Esmiz y Lathio acababan de rendir su informe ante el Consejo de Gobierno de la Tierra, el cual acababa de ser convocado a petición de Roder.

Después del informe, un gran silencio se había abatido sobre la sala. Roder fue el primero en quebrantarlo.

—Ya han oído ustedes, mis queridos colegas, lo que acaba de suceder. Mejor dicho —se corrigió Roder—, lo que está a punto de suceder. Me permití, pues, convocar el Consejo, a fin de tomar una decisión sobre el particular y de este modo evitar el cronoclismo que nos amenaza.

Wiler, jefe de Sanidad, se frotó la mandíbula.

—Mi querido Roder, ¿podrían estos agentes demostrarnos con pruebas la veracidad de sus asertos?

Los aludidos, así como Roder, palidecieron.

Wiler se apresuró a rectificar.

—Oh, no, no; por favor, señores. Ya sabemos que en nuestra era no se

miente; que cuando un hombre habla, dice la verdad. Pero nuestros colegas estarían más satisfechos, creo yo, si los valerosos agentes Esmiz y Lathio pudieran enseñarnos algo de lo que han visto en su viaje a una era tan cronológicamente alejada de la nuestra como aquélla a la que se trasladaron.

Roder asintió.

—Creo que usted tiene razón, querido colega. No obstante, y dando por sentado ya que las pruebas corresponden, como corresponden en realidad, a los asertos de los agentes, ¿puedo esperar de usted alguna sugerencia práctica para la resolución que, sin más tardanza, debemos adoptar?

Hyne, consejero de Alimentación, asintió.

—Estoy de acuerdo con mi colega Roder. Para mí es suficiente con lo que han manifestado Lathio y Esmiz, para saber que hemos de hacer algo inmediatamente.

—¿Ayudar al profesor Meier? —sugirió Donnio, consejero de Historia.

—Eso ya está resuelto. Ahora bien —dijo Roder—, la historia nos dice que John Rhoderick fue el primer hombre de nuestra actual Era. John Rhoderick está en un peligro gravísimo. Si muere él... ¿existiremos nosotros?

La pregunta quedó flotando en el ambiente, sin que nadie pudiera contestarla. De pronto, Wiler alzó la mano.

—¿Y si no lo salvamos? ¿No podría colocarse a otro en su lugar?

Roder meneó la cabeza.

—No —dijo lacónicamente.

—¿Por qué? —inquirió Hyne.

—Se provocaría un cronoclismo de incalculables consecuencias.

—¿En qué sentido?

—En el de una concatenación de hechos totalmente distintos a los que han sucedido hasta ahora y que originarían una terrible catástrofe, el menor de cuyos peligros no sería, acaso, el que hoy, en lugar de haberse desarrollado una floreciente y adelantadísima civilización, nos encontrásemos sumidos en un salvajismo sólo comparable al que

existía cuando el hombre cazaba el mamut por los pantanos de nuestro planeta.

—Es muy fuerte eso que está usted diciendo, Roder —observó Wiler.

—La pura verdad, querido colega —contestó el aludido con suave firmeza.

El presidente del Consejo, Urmio, un venerable anciano de luengos cabellos, levantó su mano.

—Según lo que acabo de oír, la historia se halla en un punto de su camino que se bifurca en dos direcciones. Algo está a punto de hacer que la humanidad tome la ruta errónea.

—Cierto, señor Presidente —afirmó Roder.

—Lo cual implica la existencia de otro individuo que, voluntaria o involuntariamente, pueda suplantar a John Rhoderick como el Iniciador de la Segunda Era de la Humanidad.

—Así es, señor Presidente.

—¿Quién es, pues, ese otro individuo?

—Elmer Eccles, el ayudante personal y único del profesor Meier, el cual goza de toda su confianza.

Urmio miró oblicuamente hacia otro de los consejeros que tenía situado a su izquierda. Éste resistió la mirada, impávido, sin decir nada.

—¿Qué clase de hombre es Eccles? —insistió Urmio.

—Un gran técnico y científico. Diez años más de vida le harían ser infinitamente superior en conocimientos al mismo profesor Meier —contestó Roder sin vacilar.

—¿Y Rhoderick?

—Un empleado.

Urmio y alguno más fruncieron el ceño.

—¿Empleado? ¿Qué quiere decir eso?

Roder hizo un gesto vago.

—Oh, pues... Está... estaba en una oficina. El lugar donde había muchos papeles, ya saben ustedes lo que es un papel con caracteres escritos en su superficie. Documentos los llamaban los antiguos. Y Rhoderick ocupaba un puesto subalterno.

—¿En el último escalón? —preguntó Wiler venenosamente.

—No. Sin embargo, he de mencionar que llevaba muy poco tiempo trabajando en aquella oficina, por lo que no es dudoso creer en su prosperidad andando el tiempo.

—¿Quiere decir el colega que Rhoderick podía llegar a jefe?

—Muy posiblemente —asintió Roder—. Pero esto es absolutamente imposible saberlo, puesto que ya conocemos lo que ocurrió doce meses después.

Wiler hizo un gesto de desencanto, mirando al mismo consejero a quien antes mirara Urmio.

—Es decir, que se nos propone aceptemos, como Iniciador de esta Segunda Era de la Humanidad, a un hombre que, además de estar convicto de asesinato... —y Wiler se interrumpió fríamente, gozándose con el efecto de horror que la palabra producía entre los asistentes—, además de ser un criminal, repito, posee una inteligencia que, sin querer desmerecer a nadie, es muy inferior a la de cualquiera de estos dos valerosos agentes que tenemos aquí, ante nosotros.

Roder iba a hablar, pero Wiler no le dejó.

—Y hemos de aceptar —continuó— descender de un criminal y un hombre común, en lugar de un hombre como Elmer Eccles, individuo de gran inteligencia, inventiva y poder creador.

—La historia demuestra que no estaríamos aquí si tal sucediese —dijo Roder enérgicamente—. Hemos de salvar a Rhoderick, cueste lo que cueste o, de lo contrario, en lugar de encontrarnos aquí, en esta sala, nos hallaremos, el que viva, por supuesto, luchando con uñas y dientes por la posesión de un hueso con unas briznas de carne o unas bayas silvestres. Opto porque la cuestión se decida a votación, inmediatamente. Cuanto más nos retrasemos, tanto más crecen las posibilidades de una alteración cronoclísmica de la Historia.

Las últimas palabras del jefe de Investigaciones Temporales causaron una enorme sensación en la sala.

Urmio, como presidente del Consejo, ordenó comenzar inmediatamente la votación. Fue adoptada la propuesta de Roder por siete votos contra dos, éstos pertenecientes a Wiler y al otro consejero, llamado Ekels.

Urmio movió la cabeza con pesimismo.

—Jamás había ocurrido esto antes de ahora —dijo—. Nunca se había presentado tal caso de discordia en un Consejo. Pero la decisión está adoptada y por ello, yo, en uso de mis facultades, delego para que el peso de la operación recaiga en nuestro joven colega, Jan Roder.

Éste inclinó la cabeza.

—Acepto la responsabilidad —dijo—; y, por mi parte, procuraré llevar la nave de la Historia a buen puerto.

Roder se puso en pie.

—Con el permiso del señor Presidente y de mis queridos colegas, Esmiz, Lathio, tengan la bondad de seguirme.

Los dos agentes se pusieron en pie y comenzaron a andar tras su jefe, el cual se dirigió hacia la puerta con sereno al par que enérgico paso, contemplados todos ellos por el resto del Consejo con no disimulado interés.

CAPÍTULO IV

Rhoderick despertó bruscamente cuando un rayo de luz le golpeó con dureza en los ojos.

El sol acababa de salir y sus primeros rayos le habían dado en el rostro. John sintió todo su cuerpo rígido y envarado por la postura que había mantenido durante toda la noche y, ahogando un bostezo con una mano, extendió la otra, estirando el brazo, todavía sin recordar exactamente por qué se encontraba en aquel lugar.

Se desperezó a su gusto.

Había desviado la cara para evitar los efectos de la luz directa del sol

sobre ella, pero de pronto sintió que una nube se interponía en el camino de los rayos luminosos.

Bendiciendo aquel inesperado incidente, trató de ponerse en pie, pero en aquel momento, una voz le conminó imperativamente:

—¡No se mueva! ¡Permanezca quieto donde está o dispararé!

Los ojos de John se desorbitaron por el asombro.

Aun en las nieblas de su despertar, se sabía libre y, en cierto modo, esperanzado ante la llegada de aquellos dos individuos que tan afectuosamente se habían portado con él, mas todas sus ilusiones acababan de ser barridas como la neblina de los valles al influjo de la brisa matinal por las palabras que habían sido pronunciadas a poca distancia del lugar en que se encontraba.

Volviendo el rostro hacia el punto de donde había salido la luz, pudo ver un par de piernas, ligeramente separadas y sólidamente plantadas en el suelo, enfundadas en unos pantalones bastante usados, encima de los cuales había una camisa de cuadros en tonos violentos. Y del cuello entreabierto de la camisa surgían las delicadas líneas de una garganta femenina, que sostenía una cabeza ornada por unos cabellos cortos y revueltos, que en aquellos momentos y por un efecto de contraluz, parecía constituir un halo o aureola dorada en torno al rostro de la mujer.

Porque era una mujer, sosteniendo un rifle con ambas manos, de manera firme y decidida sin permitir el menor resquicio a la duda, la persona que se hallaba frente a John.

Éste no salía de su asombro.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —preguntó el joven.

Ella se apartó a un lado, dejando que los rayos del sol volvieran a pasar de nuevo. John cerró los ojos, comprendiendo la astuta maniobra de la mujer, la cual dijo:

—Soy yo la que debe hacer tales preguntas. Contéstelas, refiriéndose a sí mismo, naturalmente.

—¿Le sería igual dejarme poner en pie? —preguntó John.

—Muy bien —le advirtió ella—. Pero le advierto que no me dejaré sorprender y que soy muy rápida disparando.

John asintió con una mueca. No podía ver a la mujer, porque estaba justamente frente al sol y ella se había colocado de tal manera que se hallaba exactamente en el lado opuesto. Intentó mirar, pero un rayo de luz, resbalando a lo largo del cañón del rifle, le hizo volver rápidamente la cara.

—Vamos, contésteme. ¿Quién es usted?

—Me… me llamo John Rhoderick.

—¡El evadido de presidio!

—Sí —contestó amargamente el joven, pues todavía llevaba el uniforme carcelario y sabía que todo disimulo era inútil.

—Muy bien, pues —asintió la mujer—; entonces, eche a andar delante de mí.

—¿A dónde me lleva? —preguntó él.

—A un lugar desde el cual pueda telefonear a la policía. ¿Qué pensaba usted? —repuso ella con dureza.

—Debí imaginármelo —comentó John con una nota de amargura en la voz. Luego preguntó—: ¿Está muy lejos ese lugar?

—A un par de kilómetros de aquí.

—¿Su casa?

—¡Ajá! Mi casa. Y éstas son mis tierras, de modo que ni siquiera legalmente puede usted reprocharme nada. ¡Vamos, camine!

John dio dos o tres pasos, con actitud renuente, dándose cuenta de que la mujer retrocedía precautoriamente, guardando siempre una distancia de dos o tres metros, de modo que no pudiera arrojarse sobre ella sin antes permitirle disparar.

Con las manos caídas laxamente a lo largo de su costado, John caminó.

Al pasar, miró de reojo a la mujer, dándose cuenta de que era joven y muy bonita. Tenía los cabellos rubios, muy cortos, alborotados en torno a su linda cabecita y bajo la burda tela de su camisa a cuadros se advertía la mórbida firmeza de su busto joven y bien dibujado, puesto más de relieve todavía por la estrechez de su cintura.

John calculó la edad de la joven en unos veinte años, acaso menos, pero los grises ojos de ella le miraban con dura frialdad, en tanto que el cañón del rifle seguía todos sus movimientos. A los pies de la muchacha se advertía un perrito que movía ligeramente la cola.

—«Tusth» fue el que me indicó que estaba usted aquí —dijo ella al ver la mirada de reproche que el joven había dirigido al can.

—¡Simpático animalito! —elogió Rhoderick—. El día en que lo coja por mi cuenta…

—Ya procuraré yo que eso no suceda, señor asesino. ¡En marcha! No, por ahí no; siga el caminillo de la izquierda, con las manos en la nuca, hasta que yo se lo diga. Así, muy bien.

Forzado por las circunstancias, John se vio constreñido a ejecutar cuanto le decían. Siguió, pues, aquella vereda, apenas trazada por el paso de las personas y los animales, y advirtió que descendía a través de los matorrales de la colina, en una dirección ligeramente inclinada al norte.

Por unos momentos pensó en evadirse, pero sintió tras sí, muy inmediatos los pasos de la muchacha y desistió de ello, temiendo recibir un balazo que, aunque no lo matase de inmediato, concluyese al herirlo con las escasas posibilidades de salvación que aún tenía.

No obstante, antes de entregarse de modo incondicional, quiso hacer un último intento.

—¡Escúcheme, señorita!

—Llámeme Arabel —dijo ella secamente—. ¿Qué se le ocurre ahora? ¡No vuelva la cabeza; puede hablar perfectamente sin dejar de mirar al frente!

—Para cómitre de esclavos no tendría usted precio, Arabel —dijo John amargamente.

—Gracias por el elogio. ¿Qué quería usted decirme antes?

—Sencillamente esto: que estaba aguardando arriba a dos amigos, los cuales se extrañarán mucho de no encontrarme allí.

—Me lo supongo —dijo Arabel irónicamente—. Pero no se preocupe; ya sabrán de usted por los periódicos.

—Esos amigos no son lo que usted se imagina, Arabel —contestó John, frunciendo el ceño—. Son… bueno, no lo sé; lo único que puedo decirle es que, aunque me hubiera tenido sujeto bajo su rifle, debiera haber tenido paciencia y haber aguardado allí su llegada. Así se hubiera convencido de mis palabras.

—¡Claro, claro! —contestó ella con sarcasmo—. ¿Y qué más?

—Usted no me entiende —dijo John, tratando desesperadamente de hacerla entrar en razón—. Estos hombres no viven ahora; están en otra época y…

—No me cuente fábulas que no sea capaz de creer. ¿Me imagina usted tan estúpida para dejarle allí, aguardando la llegada de sus dos compinches, quienes acabarían de ayudarle a consumar su fuga? Vamos, John Rhoderick, por favor…

El joven comprendió que todo cuanto hiciera sería vano. Pero, todavía quiso hacer un último esfuerzo.

—Ya sabe usted que anoche la policía estuvo rastrillando la región con sabuesos, ¿verdad?

—Sí —contestó Arabel.

—¿Me creería usted si le dijera que los sabuesos no supieron verme, a pesar de hallarse a muy corta distancia de mí?

—Eso no tiene nada de particular; incluso, a veces, los perros de más fino olfato…

—¡No diga tonterías! —la cortó él abruptamente—. Una de las pocas cosas que jamás fallan en este mundo es el instinto, que es una cualidad inmaterial, no material como el olfato, ¿me comprende?

John no podía ver a la muchacha, pero por el tono de sus palabras pudo darse cuenta de que ella acababa de encoger los hombros.

—¿Qué me cuenta a mí de todas esas cosas? Lo importante es que lo tengo preso y que si hace un movimiento sospechoso…

—Ya lo sé —dijo él rabiosamente—: disparará sobre mí. ¿Por qué? ¿Qué ventajas materiales obtendrá de mi captura, Arabel?

Detrás del convicto sonó una risa nerviosa.

—¿Ventajas materiales dice usted, Rhoderick? ¿Le parece poco la

recompensa que voy a obtener por haberle capturado?

Las palabras de Arabel sonaron tan extrañamente en los oídos del joven, que éste no pudo evitar detenerse y volver la cabeza, grandemente sorprendido.

—¿Cómo? ¿Sólo me ha detenido usted por el dinero? —exclamó.

—Sí —contestó ella duramente—, pero ¡vuélvase y que sea la última vez que se detiene y vuelve la cabeza sin mi permiso, o haré fuego! Es usted un individuo peligroso y no estoy dispuesta a correr el menor riesgo.

John hizo lo que le decían. Continuó su camino, siempre en pendiente, cada vez más suave ésta por su aproximación al llano.

—¿Tan mal está usted económicamente que se dedica al arriesgado deporte de capturar convictos evadidos de presidio? —dijo irónicamente.

—Mire, Rhoderick —contestó ella, algo molesta—; eso son interioridades que sólo me atañen a mí. Además, en lo sucesivo, hágame el favor de callar y no hablar en tanto no sea preguntado, ¿me entiende?

John asintió, y ya no pronunció palabra en todo lo que restaba de camino.

Llegaron a una planicie yerma, sin otra vegetación que unas míseras plantas que malvivían sobre una tierra claramente estéril, como maldita, en la cual se advertía que, durante el invierno, en las épocas acuosas, debía convertirse en un cenagal permanente, que ahora estaba desecado merced a la excepcional temperatura de aquel verano.

Hacía una hora escasa que había amanecido y, sin embargo, los rayos de sol castigaban la superficie de la Tierra tan fuertemente como si se tratase de un mediodía. Tanto por la situación en que se hallaba, como por el continuo ejercicio de la marcha, John se sintió bien pronto empapado de sudor.

A lo lejos, su vista descubrió una cabaña, junto a la cual había dos o tres árboles que le proporcionaban sombra suficiente. John advirtió también el brocal de un pozo, con su arco de metal para sostener la garrucha que servía para elevar los cubos de agua y no pudo por menos de extrañarle que, en aquella época de tantos adelantos, una joven bella y hermosa viviera en un aislamiento, aparte de total, casi

salvaje.

Pero no dijo nada, hasta que se halló junto al pozo. Entonces, sin pedir permiso siquiera, llenó el cubo y bebió largamente de su contenido, mojándose luego la cara y las manos para refrescarse un poco de la larga caminata.

Se volvió cuando hubo terminado, advirtiendo a Arabel emplazada a cinco metros de distancia, siempre sosteniendo el rifle con granítica firmeza. «Tusth», el perrito, le miraba en tanto movía la cola.

—Advierto un mayor afecto en su can, que es un animal, que en usted, Arabel —dijo John con no disimulada ironía.

Ella sonrió desdeñosamente.

—Yo le tengo a usted más de lo que le parece, Rhoderick. Al fin y al cabo, es el medio de que me voy a valer para dejar de una vez este maldito lugar, ¿me comprende?

—Sí, claro —repuso él—. No es usted la primera persona que se dedica a vender a los hombres por más o menos treinta monedas.

—Evitemos las comparaciones, por favor —dijo ella enojada—. No tema por mí; después de haber cobrado la recompensa, no me colgaré de ninguna higuera.

—Sería una lástima torcer ese cuello tan bonito —sonrió John, el cual, acto seguido, preguntó—: Bueno, y ahora que ya estamos en su casa, ¿qué?

El cañón del rifle señaló la puerta de la cabaña.

—Pase ahí dentro —dijo ella ásperamente—. ¡Las manos en la nuca!

John hizo lo que le decían, necesitando dar un puntapié a la puerta para abrirla. Cruzó bajo su dintel y se encontró en una pieza que servía de cuarto de estar, y comedor, todo en una pieza, amueblado con pobre sencillez, pero todo muy limpio y aseado.

La pobreza del ambiente no impedía que en un rincón se viese un aparato televisor y sobre él, haciendo ángulo, una pequeña librería de tres o cuatro estantes, repletas de libros. A la izquierda, un fonovisor indicaba el medio de que Arabel se servía para comunicarse con el exterior.

La muchacha le indicó la mesa.

—Siéntese ahí y ponga las manos sobre el tablero. No las mueva en tanto yo no se lo permita.

John obedeció.

Sin perder de vista, la muchacha hurgó debajo del cojín de un sillón que había junto al televisor y extrajo de él una delgada pero sólida cadena, que arrojó sobre la mesa con hábil movimiento.

John miró la cadena, advirtiendo que en uno de sus extremos tenía un candado. Luego levantó, intrigado, su vista hacia la muchacha.

Arabel dijo:

—Las patas de la mesa están sólidamente empotradas en el suelo. Usted mismo se atará uno de los tobillos a la pata que tiene más cerca. El candado se cierra al golpe y la llave la tengo yo, ¿comprende?

Los ojos de John se desorbitaron por el asombro.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo? ¿Se ha vuelto loca? Escuche, Arabel; si piensa que yo…

—¡Obedezca! —dijo ella en tono que no admitía réplica.

Las manos de John se crisparon sobre la cadena.

Una vez más pensó en lanzarse sobre la muchacha, pero Arabel obraba siempre con innegable astucia y lo había colocado al lado opuesto de la mesa en que ella se encontraba. Si quería hacer algo, tendría que levantarse, dar la vuelta a la mesa y… «Demasiado tiempo y demasiadas facilidades para que ella pueda dispararme», pensó John amargamente.

No obstante, trató de razonar.

—Escuche, yo no pienso escaparme…

—Trato únicamente de asegurarme —contestó ella secamente—. Haga lo que le digo.

—Podría negarme a ello —dijo John, con el ceño fruncido y las manos engarfiadas sobre los metálicos eslabones.

¡«Bang»!

El disparo resonó como un trueno en el interior de la cabaña y John percibió claramente el ardiente rebufo de la llamarada del disparo hecho a corta distancia de su rostro, así como el silbido de la bala, cuyo viento le acarició el oído.

—Está usted en una difícil situación, Rhoderick —dijo Arabel con duros acentos —. Nadie me reprochará nada si le mato y además le advierto que cobraré la recompensa lo mismo si le entrego vivo que muerto, ¿me entiende?

Las mandíbulas del joven se cerraron con ruido seco, en tanto sus ojos miraban airadamente a la joven.

—Seno de diosa —exclamó—, pero corazón de hiena. ¿Es usted soltera?

—Sí… —contestó ella, sin hacer caso del insulto.

—Lo celebro. Por ahora, no hay hijos que perpetúen su estirpe de reptil venenoso. Me gustaría explicarle lo que me ha sucedido para hallarme en la celda de los condenados a muerte, pero usted no tiene oídos más que para el crujido de los billetes de banco.

Y sin más, John se inclinó, se ató la cadena al tobillo primero y luego a la pata de la mesa, con varias vueltas a ambas partes.

Después se incorporó y miró a la muchacha.

—¿Está usted satisfecha?

Arabel pasó al otro lado, comprobando de un vistazo la solidez de la ligadura. Complacida, levantó la cabeza y luego retrocedió, dejando el rifle apoyado contra la pared de troncos.

—Lo siento —dijo, hablando con cierta humanidad por primera vez—. Créame que lo siento, Rhoderick, pero las circunstancias me impulsan a obrar así.

Dichas estas palabras, Arabel se fue hacia el visófono que estaba al lado de la librería.

Se sentó ante los mandos.

Movió una palanquita y la diminuta pantalla del aparato se iluminó. Pero ninguna imagen apareció en ella cuando la muchacha hubo compuesto la cifra requerida.

Arabel volvió a repetir la llamada y luego, con gesto desconcertado, desconectó el aparato y se volvió hacia Rhoderick.

—Es extraño —murmuró—. No funciona.

—Para mí es una afortunada coyuntura —sonrió el joven complacido.

Ella hizo un gesto de desdén.

—Estos policías están siempre donde no se les necesita. Es igual; mientras tanto, voy a prepararle algo de comer. Supongo que tendrá apetito, ¿no?

—Hasta ahora —repuso John—, no conozco ningún evadido de presidio cuyas necesidades físicas no sean iguales a las del común de los mortales.

Por un momento, los dos se estuvieron mirando fijamente, uno a cada lado de la mesa. Después, Arabel dio media vuelta y se metió en la pieza adyacente, que era la cocina, caminando con vivo paso.

Unos momentos más tarde, la muchacha salía con una gran bandeja repleta de comida, que colocó ante su prisionero.

John no pudo reprimir la ironía.

—Cuida de su dinerito, ¿verdad?

Pero ella no le hizo el menor caso.

Sin responderle, fue hacia el fonovisor, manipulando en él durante un buen rato, en tanto que John devoraba el suculento desayuno que la muchacha le había preparado con el apetito propio de su juventud, sin dejar por ello de observar los desesperados esfuerzos que hacía ella por ponerse en contacto con la policía.

Diez minutos más tarde, desaparecido el color de su lindo rostro, Arabel se volvió hacia él, quedando apoyada con gesto de desespero en el muro de troncos.

—No sé lo que ocurre, pero no me contesta nadie —exclamó en tonos patéticos.

CAPÍTULO V

El cronomóvil se materializó a escasos centímetros del lugar que ocupara anteriormente, y sus ocupantes examinaron con interés el panorama circundante.

Ahora había cuatro hombres, en lugar de dos. Esmiz y Lathio habían vuelto, no obstante, y fueron los primeros en salir fuera del vehículo temporal.

Los otros dos les siguieron al instante. Esmiz era el jefe de la operación. Ordenó:

—Ustedes dos, Lazam y Borjers, obren según se les ha ordenado. No pierdan tiempo y cuiden de que su auxilio al profesor Meier sea lo más discreto posible.

Lazam y Borjers, evidentemente incómodos dentro de aquellos ropajes de principios del siglo XXI, asintieron.

—Cuiden de no interferir las actividades de los hombres de esta época. El menor error podría originar un cronoclismo de consecuencias incalculables. Si actúan tal y como se les ha enseñado, siguiendo fielmente las instrucciones recibidas, no debe ocurrir nada anormal.

Los dos agentes del Servicio de Investigaciones Temporales movieron una vez más la cabeza, y luego se alejaron con rápido paso, perdiéndose en pocos momentos entre la espesura de los matorrales.

Después, Esmiz se volvió hacia su compañero.

—Vamos a ver a Rhoderick. Hemos de prepararlo todo para salvaguardarle la vida.

Lathio asintió y comenzó a andar al par de Esmiz, dirigiéndose los dos hacia el amontonamiento de rocas, en el cual esperaban encontrar a su hombre.

Media hora más tarde, Esmiz, palidísimo, profundamente aterrorizado, se había dado cuenta perfecta de que Rhoderick se había esfumado por completo.

Sin embargo, no había perdido del todo su serenidad. Lathio, aparecía tranquilo, sin dar la menor señal de excitación.

—Bueno —dijo este último—, nuestro sujeto se cansó de esperarnos.

Esmiz frunció el ceño.

—Bien sabes que no me gusta jamás criticar a nadie, y mucho menos a mis superiores, pero las vacilaciones de algunos nos han hecho perder un tiempo preciosísimo.

—Y Rhoderick, naturalmente, se aburrió y se marchó.

—En cierto modo —asintió Esmiz—, su actitud es lógica. Un hombre evadido de presidio, con una condena de muerte pendiente sobre su cabeza, no pudo sentirse muy tranquilo, máxime cuando ha de esperar a unos individuos que, además de resultarle perfectamente desconocidos, actúan de una manera muy extraña, incluso absurda, para él.

—Entonces, ¿qué sugieres es lo que debemos hacer?

Esmiz no vaciló.

—Regresemos a nuestra era y pongamos el hecho en conocimiento del consejero Roder. Él decidirá por nosotros.

Lathio asintió, dirigiéndose con vivo paso hacia el cronomóvil. Esmiz le siguió con renuente actitud, mirando hacia todas partes como si esperara ver a Rhoderick, pero, al fin, hubo de ocupar su asiento en el vehículo.

Unos segundos más tarde, el claro estaba nuevamente desierto, batido despiadadamente por la virulenta fuerza de los rayos del sol, que parecían más ardientes que nunca.

* * *

John Rhoderick buscó una postura cómoda para el pie que tenía sujeto a la pata de la mesa y luego se arrellanó en su asiento. Sonrió satisfecho.

—Estará averiado su fonovisor, Arabel —dijo sonriendo.

Ella denegó con la cabeza.

—No lo creo. Anoche estuve hablando con unos amigos y funcionaba perfectamente. Y desde entonces, nadie lo ha tocado.

—¿De qué sistema es ese aparato?

—Es radiotransmisor y receptor, de frecuencia modulada —contestó Arabel—. No hay hilos, por lo cual las averías se reducen al mínimo.

—Acaso la batería…

Arabel movió de nuevo la cabeza. Explicó:

—Tampoco. Funciona a base de un cristal de silicio radiactivado, el cual permite un funcionamiento prácticamente ilimitado. Lo mismo que mi reloj de pulsera —dijo ella, mostrándolo de modo maquinal.

Rhoderick asintió.

—De todas formas, si usted me lo permitiese, yo podría tratar de hallar la avería, Arabel.

La muchacha le miró con suspicacia.

—¿No estará ideando alguna otra argucia para escaparse de nuevo?

—Allí tiene usted su rifle —dijo Rhoderick con hastío—. ¿O ya no confía en él?

Arabel vaciló. De pronto, se pasó la mano por la frente.

—¡Qué calor tan espantoso hace, Dios mío! ¿No lo nota usted, Rhoderick?

—En mi situación —dijo él—, lo único que se advierte es mucho frío. ¿Qué, le arreglo el aparato?

—¿Ya entiende usted de ello? —dijo Arabel con el ceño arrugado.

—Antes de entrar en las oficinas donde trabajaba, lo hice durante varios años en una fábrica de aparatos como ése que usted tiene. En fin, si no me cree…

Arabel suspiró y su seno se hinchó levemente.

—Tendré que correr ese riesgo —dijo, yendo hacia su rifle y tomándolo con aire decidido.

Luego se sacó una pequeña llavecita de su seno y la arrojó sobre la mesa.

Dijo:

—Ahí tiene usted, Rhoderick. Suéltese, pero le advierto…

El joven agitó una mano desdeñosamente.

—Guárdese usted sus advertencias; las conozco de sobra —dijo, y luego se inclinó bajo la mesa.

Sonó un leve «¡click!» y el candado quedó suelto. Los eslabones de la cadena retiñeron metálicamente cuando el evadido la echó a un lado.

Después, John se puso en pie y caminó hacia el fonovisor, empezando a desarmarlo con la ayuda del cuchillo que le había servido para el desayuno. Media hora más tarde, el aparato estaba de nuevo como si nada le hubiera ocurrido.

—Ya lo tiene usted arreglado, Arabel —sonrió Rhoderick—. Aunque, quizá, la frase no es la correcta, porque no tenía la menor avería.

—¿Cómo es eso posible? —exclamó Arabel, sorprendidísima—. No acabo de entenderlo…

—Ni yo tampoco —contestó John—. Pero, en fin, ahí está, de modo que sólo le falta utilizarlo.

La muchacha le miró de soslayo.

—Está bien —dijo—. Vuelva a su sitio y átese de nuevo.

Rhoderick hizo una burlesca inclinación.

—Oír es obedecer, mi reina —dijo, yendo después hacia la mesa.

Pero al pasar frente a la muchacha, volvió el rostro rápidamente.

Con no menor rapidez, Arabel levantó el rifle, encarándoselo rectamente al rostro.

—No intente nada, Rhoderick, porque no conseguirá cogerme desprevenida en ningún momento. Y le advierto que ésta es la última oportunidad que le doy, ¿me entiende?

John simuló no haberse dado cuenta del duro tono de la muchacha.

Suspiró:

—Jamás pude creer que una joven tan hermosa como usted pudiera estar dominada por la avaricia hasta tal punto. ¿Por qué es así, Arabel? ¿Por qué obra de tal manera? ¿Tanto interés tiene en que yo sea conducido a la cámara de ejecuciones?

—Ahórrese las preguntas —dijo ella fríamente—, porque no pienso contestárselas. ¡Vamos, a la cadena!

Dominando la cólera que le devoraba interiormente, Rhoderick volvió a atarse nuevamente a la mesa, arrojando después la llave a la muchacha, la cual la pescó al vuelo, guardándosela en uno de los bolsillos de los pantalones.

Después, Arabel dejó el rifle en el mismo sitio y volvió a la carga con el fonovisor.

Pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

Descorazonada, tratando en vano de ocultar el despecho que la devoraba, miró a Rhoderick.

—Es inútil cuanto hago —dijo—. Por más que lo intento, no puedo entrar en comunicación con nadie. Ni con la policía ni con mis amigos.

Aquello empezó a intrigar también al evadido.

Durante unos segundos, Rhoderick estuvo pensando en qué podía consistir aquella falta de enlace radiovisofónico, sin poder dar con la solución.

Pero, de pronto, se le ocurrió una idea.

—Oiga, Arabel, ¿cómo funciona su televisor? ¿También a base de batería de cristales de radiosilicio?

Ella le miró muy sorprendida.

—Pues, sí; calculo que debe ser algo muy parecido.

—Póngalo en marcha. El principio fundamental de los aparatos, salvo el tamaño y que el televisor no puede emitir como el fonovisor, son idénticos. Veremos a ver si el televisor recibe y...

Arabel hizo lo que le decía, dando media vuelta al dial de apertura. La

pantalla se iluminó al instante, y una serie de bandas de todos los colores del espectro empezó a correr de arriba a abajo.

Poco a poco, las bandas se aclararon hasta que, al fin, la imagen de un hombre, sentado ante una mesa y leyendo unos papeles que tenía en la mano, apareció ante los ojos de la pareja.

Pero la imagen no estaba claramente definida. Con frecuencia, grupos de bandas surgían y desaparecían raudamente, alterando la visión y deformando las cosas como si se vieran a través de una capa de líquido que fuera agitado con rápidas e irregulares intermitencias por medio de un palo.

Y con el sonido ocurría exactamente lo mismo. La voz, cuando sonaba clara, inteligible, se oía con un tono raro, extraño, que con mucha frecuencia se mezclaba con horrendos chirridos que, no sólo alteraban el valor fonético de las palabras, sino que, a veces, conseguían hacerlas ininteligibles por completo.

En el momento actual, el locutor estaba leyendo un boletín de noticias.

—«... el convicto John Rhod...» «ignora todavía su paradero...» «pesquisas continúan incansablem...» «Se espera que de un momento a otro...» «procederse a su detención...»

Arabel miró a John de reojo y se dio cuenta de que éste tenía las manos crispadas, en tanto que unas gotas de sudor habían aparecido en su rostro, cuyos músculos aparecían tensos, estirados como cuerdas de violín.

Pero, casi en el acto, el locutor varió de tema...

«... innumerables llamadas recibidas en la emis...» «ignoran todavía los motivos que originan estas deficiencias en la transmisión...» «... uestros expertos trabajan incansablemente en...» «conocidas las causas: informaremos a nuestros televid...»

Arabel dio media vuelta al botón de control y la imagen y el sonido se extinguieron simultáneamente. Luego se enfrentó con John.

—¿Cómo puede ser esto? —inquirió—. ¿Cómo se concibe que el televisor reciba y en cambio el otro aparato no haga ninguna de las dos cosas?

Rhoderick reflexionó unos instantes.

—Posiblemente se deba —dijo con cautela—, a que el televisor es de más potencia que el fonovisor, Arabel. De todas formas, este fenómeno es realmente muy extraño y no acabo de comprenderlo.

Hubo una breve pausa, después de la cual, el joven añadió:

—Bien, Arabel; ahora tendrá que tomar usted una decisión conmigo. ¿O piensa tenerme así toda la vida?

La muchacha enrojeció al comprender la alusión.

—No, por supuesto, pero...

—¿A qué distancia estamos de la ciudad?

—Más o menos, a unos cuarenta kilómetros —repuso la muchacha.

Los ojos del convicto se dilataron.

—¿Y vive usted sola... aquí, en este erial?

—¿Por qué no? ¿Qué tiene ello de particular? —se encrespó la muchacha.

—Éste no es sitio para una mujer joven y bonita como usted, Arabel —dijo Rhoderick sentenciosamente.

Arabel se sintió de pronto muy cansada y se sentó en el sillón que tenía más próximo, las rodillas juntas y los antebrazos apoyados en ellas.

—Vivo aquí sola desde hace... unos pocos meses, Rhoderick.

—¿Es que estaba casada?

La muchacha alzó vivamente la cabeza.

—Oh, no, no, Rhoderick. Vivía con mi abuelito... y murió. Pero éramos muy pobres y no tenía ningún otro sitio donde ir, de modo que, ¿por qué no quedarme en la cabaña?

—Por supuesto, pero eso debe tomarlo usted sólo como una solución provisional. A sus veinte o veintiún años...

—Diecinueve —corrigió ella con instintiva coquetería.

—Diecinueve, pues —asintió John—. Repito que a esa edad es un

crimen quedarse aquí.

—¿Y qué iba a hacer, si no tengo dinero? Todos estos terrenos son míos, en efecto; pero nadie quiere dar un centavo por ellos. Secarrales en verano, pantanos cenagosos en invierno, estériles, salitrosos... ¿Para qué cree, si no, que le he detenido a usted? —concluyó Arabel con brutal franqueza.

Los ojos del evadido se dilataron.

—¿De modo que yo soy el trampolín que le ha de servir a usted para marcharse de aquí? —exclamó John, atónito, aturdidísimo.

—Así es —contestó ella de mala gana—, y de nada serviría negarlo. Pero he de advertirle que no salí en su busca a propósito, sino porque tenía deseos de comer un poco de carne fresca, ¿comprende? Soy muy buena tiradora y no suelo fallar el tiro —concluyó ella, con aire maquinal.

—Ya —exclamó el joven—. Y «Tusth» me olfateó, ¿no es así?

—Sí —afirmó la muchacha un tanto disgustada.

Durante unos minutos, no se oyó ningún ruido en la estancia. Los dos jóvenes permanecían mirándose frente a frente, mudos por completo, sin que ninguno se atreviera a desplegar los labios. Arabel apreció, a hurtadillas, la gallarda apostura del evadido y lamentó que un hombre que, al parecer, poseía tan excelentes cualidades, estuviese destinado a morir en la cámara de ejecuciones.

No se pudo contener y preguntó:

—¿Por qué mató usted, Rhoderick?

El aludido se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Qué dice? —Luego advirtió la índole de la pregunta que le había sido hecha—. Eso es cuenta mía —dijo con tono duro.

Arabel frunció el ceño.

—No es usted muy cortés que digamos, Rhoderick.

—Lo mismo podría decir yo de usted, Arabel. Además, ésos son detalles de mi vida privada que no estoy dispuesto a discutir con nadie —dijo desabridamente el joven.

—No hace falta que me lo jure —murmuró ella—. Seguí su juicio a través de la televisión y sé que tampoco quiso contestar a ninguna de las preguntas que en tal sentido le hizo el fiscal. Si hubiera hablado, posiblemente le hubieran encontrado algunas atenuantes y el jurado no se hubiera mostrado tan duro con usted.

—Si hubiera hablado, como usted dice —arguyó John, mirando fijamente a la muchacha—, el jurado me hubiera pedido, no una muerte, sino diez. De todas formas, mejor será que lo dejemos correr. Vuelva a intentar ponerse en contacto con la policía; es lo mejor que puede hacer.

Arabel miró a su prisionero unos segundos y luego volvió la cabeza. Permaneció en actitud vacilante unos momentos, dirigiéndose luego con paso renuente hacia el visófono, en el cual empezó a manipular.

Cinco minutos más tarde volvía a mirar al joven.

—Es inútil, Rhoderick —dijo con tono de desaliento—; por más que lo intento, nadie contesta a mis llamadas.

De nuevo el silencio, un silencio denso, pesado, casi tangible, se abatió sobre la cabaña. John notó la inusitada elevación de la temperatura y, para enjugarse el sudor que le corría abundantemente por la frente, levantó el brazo y se pasó la manga por la misma.

A dos metros de él, Arabel vaciló, como si estuviera a punto de perder el equilibrio.

—¡Oh, Dios mío, qué calor tan espantoso! —se quejó la muchacha, al mismo tiempo que el color huía de su rostro rápidamente.

—¡Arabel! —exclamó John—. ¿Qué le ocurre?

La muchacha se tambaleó, con los ojos cerrados, pareciendo inminente su desvanecimiento. Extendió los brazos como si quisiera buscar un poquito de apoyo.

John se levantó y trató de salir de detrás de la mesa para socorrerla, pero se olvidó que tenía el tobillo sujeto a la pata de aquélla por la cadena y cayó estrepitosamente al suelo, lo cual originó que de su boca se le escapara, sin que él pudiera contenerlo, un par de juramentos.

Al ruido, Arabel reaccionó.

—¿Qué hace usted, Rhoderick? —exclamó, viéndolo en el suelo.

—Ya puede verlo. Creí que se iba a desmayar y quise ayudarla. Pero... —John se interrumpió, haciendo una mueca de amargura.

—Lo siento —dijo Arabel con voz débil—. Sí, en efecto; por unos instantes, yo también creí que iba a perder el conocimiento. ¡Ese calor...!

De pronto, la mirada de la muchacha se fijó en un punto situado a espaldas del convicto, el cual estaba haciendo los esfuerzos necesarios para incorporarse. John advirtió que los ojos de Arabel estaban desorbitados, en tanto que sus facciones habían adquirido el gris tono de la ceniza.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha—. ¡Mire, Rhoderick!

John volvió la cabeza y la imagen que sus ojos captaron le hizo palidecer violentamente.

A través de la ventana más próxima, pudo advertir una enorme humareda que subía hasta el cielo en espesas columnas, en tanto que, en su base, se advertía una roja cinta de fuego que en modo alguno podía confundirse con el ocaso del sol, para el cual, sin embargo, todavía faltaban tres o cuatro horas.

CAPÍTULO VI

Abrió Jan Roder desmesuradamente los ojos al recibir las noticias que le transmitían sus agentes.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Que John Rhoderick ha desaparecido? ¡Eso es imposible, absurdo!

—Por desgracia, ésa es la verdad, Excelencia —contestó serenamente Esmiz—. Y mi compañero Lathio, aquí presente, podrá corroborar mis palabras...

Roder alzó la mano. Dijo, disculpándose:

—Es suficiente, Esmiz. Desde el primer momento supe que decía usted

verdad, pero, a pesar de ello, aquellas palabras se me escaparon sin poderlas contener. ¡Rhoderick desaparecido!

El jefe del Servicio de Investigaciones Temporales inclinó la cabeza, meditando unos segundos. Después, miró a los agentes.

—La desaparición de Rhoderick es una complicación con la cual no contábamos. Si no lo hallamos, la Historia puede sufrir una modificación radical y esto es algo que hay que evitar a toda costa. Por lo tanto, es preciso encontrar a Rhoderick al precio que sea y salvaguardarle la vida cueste lo que cueste. Sin embargo, antes de adoptar una decisión, yo he de realizar unas consultas que estimo de absoluta precisión. Les ruego, pues, no se alejen demasiado y aguarden mi llamada en todo momento.

Esmiz y Lathio asintieron, retirándose de la estancia. Una vez fuera de ella, Lathio se separó de su compañero con cualquier pretexto y se alejó de allí con vivo paso.

Unos minutos más tarde, se hallaba en una habitación de reducidas proporciones, en la cual se hallaban los consejeros Wiler y Ekels.

Wiler casi se arrojó sobre el agente de Investigaciones Temporales apenas lo vio entrar.

—¿Noticias, Lathio? —preguntó, ansioso.

Lathio sonrió con maligna expresión.

—Las hay, y mejores que las que Vuestras Excelencias esperan. John Rhoderick ha desaparecido. No le hallamos.

—¡Desaparecido!

La exclamación de Wiler fue casi un grito de triunfo, después del cual se volvió, enormemente satisfecho, hacia su colega de Consejo.

—¿Lo has oído, Ekels? Rhoderick desaparecido. ¿Qué te parece?

—Hombre, pues yo… —contestó el aludido, vacilante, pero Wiler no le dejó seguir, volviéndose hacia Lathio.

—Cuéntenos usted todo lo que sepa, Lathio —le ordenó.

El agente habló durante unos minutos, al cabo de los cuales, Wiler le preguntó:

—¿Y qué es lo que piensa hacer Roder?

—Supongo que ordenarnos proseguir las investigaciones en busca de Rhoderick, Excelencia.

—¡Proseguir las investigaciones! —exclamó meditabundo Wiler, quien, casi a renglón seguido, añadió—: Hay que impedirlo a todo trance.

Ekels se sobresaltó.

—Oh, no, eso no, Wiler. No debemos interferir...

Wiler le miró con perversa expresión.

—No seas estúpido. John Rhoderick no es el hombre del cual me gusta descender, ¿sabes? Hemos hecho de él una especie de héroe, glorificándolo y considerándolo como un semidiós, solamente por ser el Iniciador de la Segunda Era de la Humanidad.

Wiler rio abruptamente y luego dijo:

—¡El Iniciador! Un hombre convicto y confeso de asesinato, evadido de la cámara de ejecuciones casi en el último momento. Este punto no nos lo había dicho la Historia hasta ahora, ¿comprendes? Si nuestro pueblo lo supiera, la convulsión sería enorme, Ekels. Descendemos de un asesino y un hombre, además, corriente y vulgar, sin ninguna relevante cualidad científica que señalar en él.

»En cambio, tenemos otro, el profesor Eccles, perfectamente honorable, un sabio que dentro de pocos años sería capaz de construir el primer cronomóvil de nuestra historia, adelantando así nuestra civilización en varios siglos. ¡Ése es el hombre a quien tenemos que salvar y no a Rhoderick!

—Pero si dejamos que Rhoderick perezca, la Historia puede sufrir una transformación radical —apuntó Ekels tímidamente.

—¡Bah! ¡Tonterías! —rebufó Wiler.

—Roder lo advirtió claramente —insistió Ekels—. Si dejamos que sea Eccles el Iniciador, nos encontraremos convertidos en unos salvajes, en lugar de...

Wiler frunció el ceño.

—No hagas caso de las palabras de Roder. Ya sabes qué clase de

motivos las inspiran. Pero ahora tenemos en nuestras manos un arma formidable para combatir sus pretensiones de ocupar la silla presidencial del Consejo. ¡Nosotros, tú y yo, Ekels, con la ayuda de este valeroso agente, seremos quienes frustremos sus esperanzas de llegar a Presidente! Y ese puesto será para ti, que es a quien legítimamente, por herencia y por la sangre corresponde.

Después de las anteriores palabras, pronunciadas con vibrantes tonos, hubo unos instantes de silencio en la estancia. Luego Wiler dijo:

—Gracias por sus valiosísimos informes, Lathio. En el momento oportuno, recibirá la adecuada recompensa. Mientras tanto, usted siga actuando como tiene ordenado, ¿me comprende? —concluyó Wiler con una diabólica sonrisa retratada en sus labios.

Lathio sonrió también de parecida manera, y después de saludar, se retiró.

* * *

Arabel corrió hacia la ventana más próxima, olvidada momentáneamente de sus padecimientos y, después de haber observado el panorama durante unos instantes, se volvió hacia el evadido.

—¡Hay un incendio terrible, Rhoderick! Se está quemando todo y la fuerza del viento empuja las llamas hacia aquí.

El convicto se sobresaltó.

—¡Diablos! —exclamó—. Ésa es una noticia que no me agrada en lo más mínimo. Tendremos que marcharnos de aquí, ¿eh?

Arabel cerró los ojos al mismo tiempo que crispaba los puños y dijo:

—¡No podremos huir, Rhoderick!

—¿Eh? ¿Por qué? ¿Qué es lo que nos lo impide? No irá usted a dejarme achicharrar aquí como un conejo, ¿verdad?

Ella sacudió la cabeza.

—Morir en medio de un incendio como el que nos amenaza es un

género de muerte que no desearía yo ni al peor de mis enemigos, Rhoderick. Pero mucho me temo que las llamas nos alcancen antes de haber podido caminar lo suficiente para podernos considerar totalmente a salvo.

—Eso que usted dice es muy grave, Arabel. De todas formas... ¿no tiene usted un vehículo a mano?

—No. Tenía mi «jeep», un artefacto construido hace casi medio siglo, pero que, sin embargo, seguía funcionando perfectamente, y del cual me servía para ir y venir a la ciudad con objeto de subvenir a mis necesidades. Sin embargo, hace unos pocos días, se me averió y vinieron a buscarlo para repararlo. Todavía no me lo han devuelto —concluyó la muchacha con dramáticos acentos.

John hizo un gesto de desespero.

—Es una contingencia ciertamente desagradable —murmuró—. De todas formas tendríamos que buscar una solución mejor que quedarnos aquí observando tranquilamente el avance de las llamas. ¿Qué es lo que cree usted que ha podido provocar el incendio?

Ella se encogió de hombros.

—¿Y qué más da? —exclamó con sombrío tono—. ¿Qué puede importarnos...?

—Escuche un momento —trató de razonar el joven—. Acaso, si usted consintiera en liberarme, yo podría hallar un medio de esquivar esa horrible suerte que nos aguarda, ¿me entiende?

Arabel miró a John con reluctante expresión.

—No, no tema usted que me fugue —dijo él irónicamente—. Por ahora me interesa más salvar nuestros preciosos pellejos que una más que problemática evasión. Además, si nos quedamos quietos, usted perderá su recompensa, porque también perderá la vida, ¿me comprende?

A pesar de todo, la muchacha vacilaba.

De pronto, una oleada de insoportable calor penetró en la cabaña. Por la parte de afuera empezaron a verse caer algunos copos oscuros, de siniestro significado, y la muchacha, sin poderse contener, se estremeció.

—¡Vamos! —la acució él—. No podemos perder más tiempo. Las cenizas empiezan a caer ya sobre nosotros y dentro de nada serán chispas encendidas, las cuales no tardarán en prender fuego a la cabaña. Y ya puede usted imaginarse lo que sucederá entonces.

Arabel se decidió al fin. Extrayendo la llave de su bolsillo, la arrojó sobre la mesa.

Diez segundos más tarde, John arrojaba la cadena a un lado y miraba a través de la ventana durante unos minutos, indiferente al hecho de que, a pesar de todo, la muchacha le estuviera apuntando con el rifle.

Después, se dirigió hacia la puerta, que abrió con seco golpe.

Una bofetada de tremendo calor le golpeó el rostro con su quemante hálito. Respiró instintivamente y, al hacerlo, le pareció que le penetraba en los pulmones un chorro de fuego.

Rhoderick miró a lo lejos. Una espesísima humareda subía a enorme altura, oscureciendo el cielo con sus siniestras columnas de humo, las cuales se transformaban, en la parte inferior, en una mezcla de chispas y llamas que se retorcían incesantemente, en algo que parecía un diabólico movimiento continuo, mezcla que luego, algo más abajo se convertía en una roja línea de fuego, sin interrupción alguna en su amenazador color.

El viento, relativamente débil pero persistente, empujaba sin cesar el fuego hacia ellos, y aunque parecía que el avance de las llamas era lento, Rhoderick sabía de sobra que siempre sería mucho más rápido que la más rápida carrera que ellos pudieran emprender para huir de sus devoradores efectos.

Después miró al cielo. Las primeras avanzadas del humo alcanzaban ya al sol, que hacía poco había iniciado la curva descendente de su carrera, tiñéndolo de un tono rojo, sangrante, siniestro, anunciador de terribles augurios, de los cuales no podía esperarse nada bueno. El astro rey parecía un ojo de fuego, que amenazase con su colérica mirada a la Tierra.

El horizonte era un telón de fuego y humo, en forma casi semicircular, y John no tardó en darse cuenta de que las llamas, en su incesante progresión, cogerían en medio a la cabaña, devorándola rápidamente. Por otra parte, la temperatura crecía más y más a cada momento que transcurría y no era difícil suponer que, tomando la huida como medio de salvación, la carrera agotaría sus fuerzas rápidamente y caerían antes de haber conseguido llegar a un lugar despejado.

Pero, entonces, si no podían echar a correr, ¿qué medio utilizar para salvarse?

John no supo dar respuesta alguna a tal pregunta. Vaciló y volvió el rostro, hallando frente a él los hermosos ojos de Arabel que le contemplaban con no disimulada ansiedad.

—No quiero engañarla —dijo—, pero nos hallamos en una muy difícil situación. Lo que no consigo explicarme es cómo las llamas se han expandido con tanta rapidez.

—Posiblemente ha debido ser a causa de la excepcional sequía de este verano —observó ella—. Las temperaturas han sido casi podría decirle anormales y no ha llovido nada, absolutamente nada; ni aun siquiera una vulgar tormenta, como las que suelen producirse en estas épocas del año. Esto hubiera humedecido algo las plantas y el suelo, lo cual hubiera dificultado el avance de las llamas, facilitándonos la huida.

—Pero como no ha ocurrido así...

John se interrumpió. Un pequeño turbión de chispas acababa de caer sobre el techo de la cabaña, arrastrado por el viento, y casi inmediatamente empezó a brotar una leve columnita de humo del lugar donde habían caído aquellas ardientes pavesas.

Inconscientemente, John hizo en aquellos momentos lo que hubiera hecho otro hombre en su lugar.

Corrió hacia el pozo y tomó la cuerda que sostenía el cubo, lanzándolo luego a éste hacia abajo, con objeto de llenarlo y arrojarlo sobre el techo.

Después de que hubo henchido de agua el recipiente, tiró con rápidos gestos de la cuerda. La roldana chirrió en su eje y el cubo apareció en el brocal.

John lo tomó y corrió hacia la cabaña.

Pero no llegó a arrojar el agua contenida en el cubo sobre el lugar donde habían prendido las chispas. En su lugar, se detuvo extático, como herido por el rayo.

Arabel observó los gestos del joven y se alarmó.

—¡Rhoderick! ¿Qué ha ocurrido?

El convicto volvió sus ojos, en los cuales brillaba una maravillosa luz de esperanza hacia la muchacha.

—¡Conteste, Rhoderick! —le urgió Arabel.

John seguía sonriendo como un idiota.

—¿Verdad que somos una pareja de tontos, Arabel? Teníamos la solución al alcance de nuestra mano y no la hemos sabido hallar hasta ahora.

—Por favor, explíquese; no me tenga sobre… —y Arabel iba a decir «ascuas», pero considerando altamente impropia la palabra en aquellos momentos, se interrumpió.

El índice del joven señaló hacia el punto del cual acababa de venir.

—¡El pozo!

—¿El… pozo? —repitió absorta ella.

—Sí, Arabel. ¿Qué mejor lugar que ése para resguardarnos del fuego? Profundidad, agua, frescura, paredes de roca… ¿Qué más podemos pedir?

—Pero…

John decidió actuar sin más pérdidas de tiempo.

—Vamos —dijo, en tono resuelto—. Cada segundo que transcurre es un riesgo más que estamos corriendo. Hemos de actuar inmediatamente.

Arabel acabó por convencerse.

—De acuerdo —murmuró—. ¿Qué es lo que he de hacer yo?

—Lo primero —dijo John—, aparte de echar a un lado ese inútil rifle, es buscar alguna lata que pueda contener comestibles, para llevárnosla con nosotros. El resto, de momento, déjemelo a mí.

La muchacha asintió, obedeciendo, y penetró en la cabaña. Mientras tanto John fue a la parte trasera de la misma, en donde había un cobertizo que servía tanto de almacén para trastos viejos como para garaje, y buscó en él hasta hallar lo que deseaba: unos bidones vacíos, los cuales empezó a desarmar furiosamente a base de un martillo y un cortafríos que encontró en un cajón repleto de herramientas.

Arabel no tardó en acudir, atraída por aquel espantoso estrépito.

—¿Qué hace usted, Rhoderick? —preguntó a gritos.

El joven, sin interrumpirse, le contestó en la misma forma:

—¡Ya lo verá usted dentro de unos momentos! ¿Ha hecho lo que le dije?

—¡Estoy terminando!

—¡Dese prisa; el tiempo vuela y las llamas más todavía!

El calor era ya desde todo punto insoportable. El sudor corría en largos hilos a todo lo largo de la epidermis del joven, el cual lo sentía como si fueran arroyos de fuego.

Pero no por ello interrumpió su trabajo; antes al contrario, redobló furiosamente sus golpes, hasta quitar las tapas de los fondos a los bidones, quedándose sólo con la pared cilíndrica, que cortó con unas cizallas, aplanando luego el metal resultante con media docena de golpes bien aplicados. Después repitió la misma faena con otro bidón, con el resultado de haber obtenido dos planchas de metal como de dos metros de largo por uno y medio de ancho, aproximadamente.

Al terminar, estaba literalmente bañado en sudor. Pero no por ello dejó de efectuar un trabajo febril, activísimo, sin interrumpirse un solo minuto.

Cogió las dos planchas de lata y corrió con ellas hasta el brocal del pozo, depositándolas junto a éste. Luego volvió de nuevo al cobertizo, buscando un par de tablones, un serrucho y una piqueta, instrumentos y utensilios con los cuales regresó junto al pozo.

Arabel estaba ya allí, aguardándole con una lata llena de provisiones. John apreció de una ojeada el cerrado hermetismo de la misma y, sin dudarlo un solo instante, la ató a la extremidad de la cuerda, haciéndola descender hasta la superficie del agua, distante de la boca del pozo unos ocho metros. Ató después sólidamente la cuerda a la base del arco metálico que sostenía la garrucha y después de esto, ordenó:

—Vaya bajando, Arabel. Deprisa; no pierda un segundo.

El calor era ya insufrible. El aire quemaba literalmente al penetrar en los pulmones y el número de pavesas y chispas encendidas que caían

en los alrededores del pozo era ya cada vez mayor, casi una lluvia de fuego. El techo de la cabaña humeaba ya por varios sitios, y era evidente que no tardaría mucho en arder totalmente.

Dominando las ansias que le acometían, John retornó una vez más al cobertizo, en el que halló una cuerda, con la cual volvió por última vez al pozo. La ató frente a la otra y a su extremo sujetó los tablones, que previamente había aserrado, de modo que su longitud total fuera ligeramente superior al diámetro del pozo. Hizo descender los tablones, pasándose el mango de la piqueta por el cinturón, a la espalda, después de lo cual pasó una de sus piernas por el brocal del pozo, quedando a caballo de éste.

Tomó una de las planchas de metal, colocándola de modo que ocultara la mitad de la boca del pozo. Después, pasando la otra pierna dentro del pozo, sujetándose con una mano de la cuerda y apoyándose con un pie en un ligero saliente de las paredes interiores, agarró la otra plancha con la mano libre.

Descendió, ejecutando una serie de dificilísimos equilibrios, un metro, al mismo tiempo que, con terrible esfuerzo, tiraba hacia sí de la plancha hasta colocarla cubriendo el resto del brocal, montada ligeramente sobre la otra.

Las planchas no habían quedado del todo planas y dejaban unas pequeñas hendiduras por las cuales penetraba un delgado rayo de luz, al mismo tiempo que permitían la renovación del aire. Los ojos de John se acostumbraron bien pronto a la casi total oscuridad y luego, con las debidas precauciones, empezó a descender.

El pozo tendría una anchura algo superior al metro, de modo que John efectuó el descenso con relativa facilidad, ayudándose de los pies que apoyaba en las paredes del estrecho tubo a medida que avanzaba hacia abajo. Muy pronto recorrió el espacio que le separaba de la muchacha y no tardó mucho en ver el rostro de Arabel frente a frente del suyo.

En la casi total oscuridad que allí reinaba, pudo apreciar que la muchacha se hallaba perfectamente tranquila y que, para aliviar sus manos de la tensión a que hubieran estado sometidas de permanecer todo el tiempo colgada de la cuerda, había abierto también las piernas, apoyándose en las paredes del pozo.

Más, a pesar de todo, la postura resultaba incómoda a la larga. Para ello John había dispuesto los tablones y la piqueta y, tras unos

momentos de respiro, se dijo había llegado la hora de reemprender nuevamente el trabajo.

La temperatura en el interior del pozo era relativamente fresca y completamente soportable. La mano derecha de John empuñó la piqueta y comenzó a golpear las rocas del muro.

Los golpes resonaban sordamente, multiplicándose en ecos que ascendían con rapidez por aquel tubo amplificador hasta arriba, John trabajó de firme, con el resultado de que unos momentos más tarde pudo colocar uno de los tablones en sentido horizontal, aprovechando los huecos de las muescas que había practicado.

—Así estaremos más cómodos en tanto dura el incendio —dijo—. Siéntese y descanse, Arabel.

La muchacha le obedeció, notando al instante un infinito alivio al adoptar una postura mucho más cómoda que la que había mantenido hasta entonces. Los pies le colgaban en el vacío, a un palmo sobre la superficie del agua, y John, para descansar también unos momentos, puso los suyos sobre el tablón, quedando erguido al lado de la muchacha.

Por unos instantes, Arabel sintió sobre su conciencia la vergüenza de su anterior conducta. Se reprochó duramente el haber obrado de tal manera y no pudiendo resistirlo, dijo:

—¡John!

—¿Qué hay, Arabel?

—Yo… yo deseaba su muerte, y usted, en cambio… me salva la vida. ¿Por qué?

El joven la miró desde su superior posición unos segundos. Abrió la boca para responder, pero no pudo empezar a hablar tan siquiera, porque en aquel momento, con un rugido sordo, de escaso volumen sonoro, mas de proporciones apocalípticas sin embargo, la tormenta de fuego se abatió sobre el lugar.

CAPÍTULO VII

La aguja indicadora de la esfera correspondiente a los siglos corrió velozmente en su cuadrante, hasta detenerse en el señalado antes de la partida. Cuando esto sucedió, la aguja de los años entró en funcionamiento, y después de ella la de los días y más tarde la de las horas, hasta que el cronomóvil alcanzó exactamente el punto temporal deseado.

El gris telón, salpicado de largos trazos brillantes desapareció, siendo substituido por la luz del sol, que recién acababa de salir, asomando su roja faz por un mundo muerto y desolado.

Jan Roder, comandante de la expedición que iba a buscar a John Rhoderick, abrió los ojos, estupefacto, al igual que sus compañeros de viaje, Esmiz y Lathio, al encontrarse con un paisaje totalmente inesperado.

Todo cuanto les rodeaba aparecía negro, cubierto de una espesa capa de carbón procedente del incendio que había devorado aquel lugar, acabando con todo asomo de vida vegetal con el incalculable poder de sus llamas. No existía ninguna planta viva y los trozos de terreno que no se veían negros poseían una siniestra coloración gris, debida a las cenizas resultantes de la combustión.

—¡Por Cronos! —exclamó Roder, sin poderse contener—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

—Es evidente que un incendio ha asolado esta región, Excelencia —observó Esmiz—. No obstante, ignoramos todavía si el fuego ha sido de grandes proporciones o, por el contrario, se ha limitado a un área de reducidas dimensiones.

Roder asintió. Arrojó una mirada al computador de edades, hallando las fechas correctas, y luego dijo:

—Tendremos que salir a comprobar el alcance del incendio.

Y, sin más, se puso en pie, colocando su pie en el suelo, fuera del cronomóvil. Empezó a toser y a estornudar al instante.

Un olor picante, denso, se le metió por la pituitaria y por unos momentos Roder, así como sus agentes, creyeron se iban a asfixiar. La atmósfera estaba particularmente caliente y en ella se conservaba aún el espeso olor del incendio que, extinguido éste, no había disipado del todo.

Por otra parte, la temperatura era bastante elevada y Lathio así lo hizo observar.

Roder miró unos momentos el suelo y luego levantó su vista hacia el cielo, cuyo azul tenía un tono sucio, debido a los billones de partículas de carbón que aún flotaban en la atmósfera. Hasta el sol parecía de otro color, tirando a anaranjado, no obstante haber salido ya totalmente de detrás de la curva del horizonte.

—¿Dónde debía aguardarles John Rhoderick? —inquirió Roder.

—Allí, Excelencia —indicó Esmiz el amontonamiento de rocas que tenían casi junto a ellos—. Permítame guiarle, por favor.

Los tres hombres echaron a andar, haciendo crujir bajo sus pies algunas ramas no consumidas totalmente en algunas ocasiones y en otras haciendo volar nauseabundas nubes de ceniza que se les metían por la nariz y los ojos, haciéndoles toser y lagrimear.

Unos momentos después, el trío se hallaba en la cumbre de las rocas, que era también la de la colina, y sus miradas estupefactas se extendieron en su torno, hallando que todo cuanto alcanzaba su vista aparecía de un lúgubre y sombrío color negro.

—¡Dios mío! —exclamó Roder—. El incendio ha debido alcanzar aterradoras proporciones.

Por todas partes a donde miraban veían los rastros del fuego. La colina era un hito en el centro de aquella casi absoluta planicie que se extendía hasta perderse de vista en el horizonte y que ahora estaba totalmente ennegrecida, sin la menor solución de continuidad en aquel fúnebre color que lo cubría todo.

En algunos lugares, acaso donde la vegetación había sido particularmente intensa, se veían todavía algunas humaredas que se elevaban rectamente hacia el cielo. El calor era enorme, pero Roder supo que no toda la elevación de la temperatura se debía a los posibles rescoldos del incendio.

—Estamos ya —murmuró, contestando tardíamente a una anterior observación de Lathio— en la fase preliminar del calentamiento del sol. Por ahora se mantendrá en este tono, pero luego, lentamente, la temperatura irá aumentando gradualmente y…

Roder se interrumpió. Haciendo comentario sobre algo que sabían no podían evitar de ninguna manera, estaba perdiendo tontamente el

tiempo.

—No sabemos la suerte que habrá podido correr Rhoderick ni si tuvo tiempo de escapar al incendio. Hemos de retroceder todavía más y volver al momento en que se marchó del lugar donde había convenido esperarles a ustedes.

Esmiz asintió, mas Lathio creyó oportuno presentar una objeción.

—Excelencia —dijo—, obrando así, corremos el riesgo de ser advertidos por John Rhoderick.

Roder sacudió la cabeza.

—No, en absoluto; porque observaremos todos sus movimientos desde su tiempo, pero situados en dimensión extratemporal.

Lathio asintió.

—Es decir, que hemos de repetir la misma maniobra que hicimos con él cuando le salvamos de caer en poder de sus perseguidores.

—Exactamente —contestó Roder, quien, a continuación ordenó—: Volvamos al cronomóvil.

Los tres hombres regresaron al artefacto, siendo el propio Roder el que se encargó de hacerlo funcionar. Situados en dimensión extratemporal, podían ver, pero no ser vistos, y así, tras unos cuantos tanteos, llegaron al momento en que John se despertaba.

Vieron a Arabel encañonarle con el arma y llevárselo prisionero. Situando el cronomóvil en la cima de la colina, pudieron ver a la pareja dirigirse hacia la cabaña que se hallaba en el centro de la planicie, a unos dos kilómetros de distancia.

Moviendo el cronomóvil en el espacio, se acercaron a la cabaña. No podían oír lo que John y Arabel discutían, pero los gestos y ademanes de la pareja eran suficientes para saber lo que pretendía hacer la muchacha.

—Va a avisar a la policía y se lo llevarán —observó, aterrorizado, Esmiz.

Roder meneó lentamente la cabeza.

—No. No podrán. El sol está emitiendo una radiación particularmente fuerte, que interfiere las comunicaciones radiales de poca potencia.

Todos los esfuerzos que haga la joven están condenados de antemano al fracaso.

Las palabras de Roder tuvieron una profética confirmación. Continuaron allí, observando a los dos, hasta que, de pronto, los vieron salir apresuradamente de la cabaña.

Roder continuó en aquel lugar hasta que el incendio se abatió sobre la cabaña, convirtiéndola en una enorme pira. Entonces dio la orden de regreso a su Era.

* * *

La temperatura aumentó notablemente en el interior del pozo. Al caer la noche, John y Arabel vieron ponerse incandescentes las chapas que les protegían de la lluvia de pavesas ardientes y en más de una ocasión llegaron a temer por la integridad de las mismas.

Pero el metal resistió, aunque al llegar a tal punto, la estancia en el pozo se hizo realmente crítica para los dos refugiados. La oscuridad había dejado paso a una roja penumbra que proporcionaba un aspecto fantasmagórico al ambiente, iluminando con espectrales resplandores las facciones de ambos jóvenes.

El calor subió más. Afortunadamente, una vez comprendida la idea de John, Arabel no se había quedado atrás en sus previsiones, y había bajado con ella vasos que les sirvieron tanto para calmar la natural sed que les provocaba aquella anómala situación, como para vertérselos por encima de sí mismos, empapándose de paso las ropas, con lo cual su estado se alivió notablemente.

Por otra parte, la idea de los tablones situados en posición transversal estaba dando magníficos frutos, lo que les permitía una postura relativamente cómoda. Lentamente, la noche comenzó su curso.

Las horas fueron pasando, en tanto arriba, a ocho metros sobre sus cabezas, rugía un infierno de fuego. En algunas ocasiones, John y Arabel, sentados cada uno sobre su respectivo tablón, pudieron descabezar un sueñecillo, puesto que los improvisados asientos estaban colocados de tal forma que permitían apoyar las espaldas en la pared. Pero más que el cansancio fue la inquietud lo que les impidió dormir.

Al fin llegó el nuevo día y con él un perceptible descenso de la temperatura. Fatigado a pesar de todo, John miró hacia las rendijas por donde penetraba una luz bien distinta de la del fuego.

—¿Piensa salir? —inquirió Arabel.

El joven sacudió la cabeza:

—No todavía, muchacha. Posiblemente el ambiente allá arriba sea irrespirable todavía y corremos el riesgo de asfixiarnos. Mejor será que aguardemos un poco todavía. Mientras tanto, y puesto que da lo mismo, ¿por qué no reparar nuestras fuerzas un poco?

Arabel entendió la alusión y destapó la lata en donde había encerrado las provisiones, extrayendo de ella otras más pequeñas, conteniendo diversos manjares, que ambos saborearon con el natural apetito propio de su juventud, exacerbado más aún a causa del largo tiempo que llevaban en ayunas.

—Es usted un tipo bien raro, John —observó de pronto Arabel, entre bocado y bocado.

—¿Por qué dice usted eso? —inquirió el joven.

—Pudo haberse marchado y no lo hizo. En lugar de ello —Arabel se sonrojó, felicitándose al mismo tiempo de que la escasa luz no permitiera ver el repentino rubor de sus mejillas— se quedó para salvarme.

—Y salvarme yo también, no lo olvide.

—Usted es fuerte y acaso hubiera conseguido salir de la zona del incendio.

—No lo asegure tan firmemente, Arabel —objetó el evadido, quien vestía todavía, aunque sucias y desgarradas, las ropas carcelarias—. Recuerde cuál era mi situación y el poco tiempo que había tenido para descansar.

—¿Qué hará ahora, cuando el fuego se haya extinguido totalmente?

John miró sorpresivamente a la muchacha.

—¿Qué dice, Arabel? ¿Es que no piensa entregarme?

—Antes de darle mi respuesta —dijo ella, esquivando la suya—, debe usted decirme si piensa seguir en las mismas condiciones en que se

hallaba antes del fuego. Recuerde que ahora no tengo la cadena... ni el rifle.

Hubo un momento de silencio. Después, John exclamó:

—Bien, bien. Por lo que estoy oyendo, sus sentimientos han variado, ¿eh?

—Deje en paz a mis sentimientos —contestó ella algo molesta—, y hablemos de lo que piensa hacer usted.

Rhoderick asintió.

—Naturalmente, sería un tonto si no me aprovechara de la ocasión tan estupenda que se me presenta. Confío en que a la noche el suelo esté lo suficientemente frío como para poder permitirme completar la huida.

—¿Completar la huida? ¿Dónde piensa dirigirse, John?

—Hacia el este. A la Sierra. Allí es más fácil esconderse y puedo permitir dejar pasar el tiempo, a la vez que trato de acercarme a la frontera.

—¿Qué hará una vez se considere a salvo?

John se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Por ahora mi primera y principal ocupación es la de salvar el cuello. Después...

El tiempo pasó muy lentamente para aquellos dos seres que continuaron durante todo el día encerrados en el interior del pozo. Sólo fue hasta que se hubo ocultado el sol que John se arriesgó a trepar hasta el brocal del pozo.

Aferrando con una mano la cuerda, empujó con la otra una de las planchas, que cayó al suelo con estruendo. Después, terminando de izarse, pasó una pierna por encima del brocal y luego la otra, y saltó al suelo.

Respiró el aire a pleno pulmón, hallándolo todavía de olor a incendio. Pero el suelo se había enfriado lo suficiente para poder caminar por él sin riesgo y esto, de momento, era lo que interesaba a John.

El crepúsculo avanzaba con rapidez y pronto se echaría la noche encima. La escasa luz que quedaba permitió al joven ver todo negro,

en cuanto le alcanzaba su vista y a corta distancia percibió un amontonamiento de maderos quemados y ennegrecidos que con la vertical elevación de mampostería que había sido la chimenea, era todo cuanto quedaba de la cabaña. El resto había sido reducido a cenizas.

—Bien —monologó John—, casi no podía haberme sucedido mejor cosa. Ahora los servicios públicos estarán muy ocupados con las consecuencias del incendio y esto me permitirá largarme a la Sierra. Después ya veremos lo que ocurre.

A continuación se asomó al pozo.

—¿Quiere usted subir, o prefiere quedarse ahí, Arabel?

—¡No! —le llegó al instante la respuesta—. Ayúdeme a izarme, John.

—Pues agárrese a la cuerda —sonrió el joven, el cual empezó a tirar de la misma, apenas la vio tensarse.

Arabel surgió a la superficie, junto con la lata de los víveres. La muchacha saltó a tierra y, con gesto instintivo, se ajustó la cintura del pantalón.

—Bueno, John —dijo Arabel, más conmovida en su interior que lo que aparentaba—; aquí termina nuestra historia.

El joven se miró la punta de su sucio zapato.

—Es cierto, Arabel, y no crea que me voy a gusto. Estoy muy agradecido a cuanto hizo por mí.

—¡John, no diga eso, por favor! —protestó la muchacha.

Rhoderick insistió.

—Debo estarle agradecido, Arabel. No se puede juzgar a una persona por un hecho único aislado, sino por el conjunto de obras que realiza o bien por la concatenación de acciones que de aquel hecho se derivan. Usted me apresó por unos motivos, que no discutiremos ahora; pero del hecho que usted me tomara como su prisionero, se ha derivado el que yo ahora esté libre. ¿Ve como tengo que estarle agradecido, muchacha?

Arabel se sonrojó.

—Si lo mira desde ese punto de vista, John... ¿Se marcha ya?

—Sí, Arabel —suspiró el joven y, de repente, impulsivamente, tomó una de las manos de la muchacha—. No sé el tiempo que viviré; ello está en las manos de Dios; pero, por larga que sea mi existencia, siempre la recordaré con infinito agrado. ¡Adiós, Arabel!

Y sin más, John dio media vuelta y empezó a caminar con enérgico paso hacia las tinieblas que había frente a los últimos resplandores del crepúsculo.

El joven empezó a pensar en los últimos acontecimientos de que había sido principal protagonista y, a su pesar, evocó la agradable figura de Arabel, la cual hubo de reconocer le había impresionado más que lo necesario para su tranquilidad espiritual. «En fin, se dijo, pronto la habré olvidado y...»

Algo interrumpió bruscamente sus cogitaciones.

Fue un grito seco, imperativo, que le hizo detenerse en el acto.

—¡John!

Ya había cerrado la noche y aún faltaba un par de horas para la salida de la luna. Por lo tanto, la oscuridad era absoluta, pero ello no impidió al joven percibir una vaga silueta que corría hacia él presurosamente.

—¡John, John! —gritaba la muchacha.

—¡Estoy aquí, Arabel! —respondió él en voz alta.

Un rumor de pasos se escuchó en las tinieblas. De pronto, John sintió que unos brazos ansiosos le cogían por el cuello.

—¡John, por favor, no me deje sola! —exclamó medio sollozando la muchacha.

El evadido trató de calmarla.

—Por Dios, Arabel; recuerde que ya es usted una mujer hecha y derecha. ¿Qué es lo que le ha ocurrido para...?

—No lo sé, John, no acierto a explicarme. Estaba allí y, de pronto, al ver que me quedaba sola, me entró un pánico que no pude dominar y...

El joven rodeó también con sus brazos el talle de la muchacha, sintiendo contra el suyo el dulce calorcillo que se desprendía del

cuerpo de Arabel.

—Vamos, vamos; la época de los fantasmas ya pasó, Arabel.

—De todas formas, no quiero quedarme ahí —insistió ella.

—Bueno, entonces tendrá que venirse conmigo —bromeó John.

Todavía no había soltado Arabel el abrazo. Ni lo hizo ahora, aun cuando hubo de desviar levemente su rostro.

—Eso es precisamente lo que estaba deseando —murmuró.

—¡Arabel! ¿Se da cuenta de la compañía que se ha buscado?

—¡No me importa! —exclamó la muchacha vehementemente—. ¡Quiero ir con usted a donde sea, John!

Un brusco relámpago invadió el cerebro del evadido.

—¡Dios mío! —exclamó en tono apenas audible—. ¿Será posible que...? ¡Arabel! ¿Qué es lo que está usted diciendo? Dese cuenta de quién soy yo y qué es lo que hice y cuál es la suerte que me aguarda. Usted no puede unirse a mí; la aguarda una vida llena de miserias y sufrimientos...

Los ojos de la muchacha reflejaron la luz de las estrellas de un modo singular.

—No sé qué es lo que me ocurrirá mañana por la mañana, pero hoy... ¡hoy, John mío, te quiero!

Durante unos momentos, Rhoderick miró a Arabel. Luego, sin poderse contener, bajó la cabeza y unió sus labios a los de la muchacha.

Permanecieron en aquella posición durante largo rato. Después, sus rostros se separaron y John sonrió.

—Eres un precioso don de Dios, indigno de un pecador como yo. Pero trataré de...

Ella le puso uno de sus deditos sobre los labios.

—Pssst... Calla, John; éstos no son momentos de hablar, sino de actuar. ¿Vamos?

John asintió y, rodeando con su brazo el talle de la muchacha, echó a

andar.

Caminaron durante toda la noche. Al llegar a su mitad, dejaron atrás la zona quemada, empezando a meterse por terreno más accidentado, lo cual señalaba la proximidad de las primeras estribaciones de la sierra. Y unos momentos después de haber amanecido, cuando ya eran visibles en el horizonte los primeros picos de las montañas, todavía blancos algunos de ellos, se detuvieron ante una casa solitaria.

CAPÍTULO VIII

Desde su observatorio extratemporal, Roder y sus acompañantes vieron salir a la pareja del pozo.

—Un ingenioso medio de salvar la vida, ciertamente —comentó Roder —. Veamos qué es lo que piensan hacer ahora.

Siguiendo todos los movimientos de John y Arabel, con el cronomóvil en línea de espacio, hubieron de llegar ineludiblemente al momento en que ambos, habiéndose declarado su mutuo y fulminante amor, se besaban.

Roder carraspeó.

—¡Ejem...! He aquí un notable ejemplo de la libertad de expansión que reinaba en aquellas épocas.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo que Rhoderick, en su lugar — sonrió Esmiz.

Y, por su parte, Lathio dijo:

—Excelencia, el encuentro de nuestro personaje con la muchacha, ¿no puede ser la causa de un cronoclismo no calculado?

Roder volvió ligeramente la cabeza. En aquellos momentos, John y Arabel, muy juntos, reemprendían la marcha.

—Opino que no, Lathio. Todo lo contrario: encuentro magnífico que John y la muchacha se amen. Así su tarea, cuando sean los últimos y los primeros a un tiempo, será mucho más fácil.

Esmiz asintió.

—Las obras que se efectúan con amor pesan siempre menos. Y ellos se quieren, ¿qué más podemos pedir?

—En efecto —asintió Roder—. Sabemos que John Rhoderick fue el Iniciador de la Segunda Era, pero apenas si conocemos nada, porque nunca nos habíamos preocupado de ello, acerca de su esposa. Y ahora ya podemos decir que la conocemos.

—¿Sugiere Vuestra Excelencia que Arabel se casará con Rhoderick? —inquirió Lathio, en tanto el cronomóvil se desplazaba lentamente, siguiendo el paso de la pareja.

—¿Y qué otra cosa puede ocurrir, después de lo que hemos visto? —repuso Roder.

Lathio meneó la cabeza, no muy convencido. Dijo:

—En nuestra época no ocurren tales cosas, Excelencia. Ningún hombre de nuestra era se arriesgaría a obrar así, en el plano amoroso, con respecto a una mujer.

Roder se echó a reír.

—Recuerde, Lathio, que ha sido ella quien declaró primero su amor.

—Peor todavía —dijo severamente el piloto del cronomóvil—. Una mujer de nuestros días no obraría jamás así. Además, no comprendo cómo, en menos de veinticuatro horas...

—Treinta y seis o alguna más —le corrigió Roder, muy divertido.

—Es lo mismo —contestó de mala gana Lathio—. Estimo que es un plazo cortísimo para conocer y enamorarse de un hombre.

Roder meneó la cabeza.

—Nuestra adelantadísima civilización tiene, ofrece, indudablemente, grandes ventajas, pero tiene un inconveniente gravísimo: que su mecanización está llegando ya al corazón humano. Nosotros ya no conocemos el flechazo, el amor a simple vista, como lo conocían estos antiguos, y que debe ser una sensación deliciosísima. La mayoría de nosotros nos casamos, no por amor, sino por necesidad de perpetuar nuestro nombre y porque nuestras leyes nos obligan a hacerlo. En cambio —suspiró Roder—, John y Arabel se aman y nada más que

ellos cuentan para sí mismos. Ahora mismo se hundiría el mundo y les tendría perfectamente sin cuidado. Pero, póngase usted en el lugar de Rhoderick, Lathio, y dígame qué es lo que haría en un caso en que sólo uno de los dos enamorados pudiera conservar la vida. ¿La daría usted por Arabel?

Lathio esquivó la respuesta. Roder, con pesimismo, movió la cabeza, y luego dijo:

—Algunas de las viejas leyes de nuestra época deben ser modificadas.

El cronomóvil estaba iluminado con una tenue claridad que, al estar emitida en una onda extratemporal, no era advertida por la pareja, que continuaba indiferente su camino, por completo ignorante de que tres seres pertenecientes a una época situada a sesenta siglos en el futuro, les estaban observando con toda atención.

Aquella claridad iluminaba el interior del vehículo temporal, al mismo tiempo que se expandía en un radio de bastantes metros. De no haber tenido Roder la vista fija en los movimientos de John y Arabel, hubiera podido darse cuenta perfecta de la venenosa mirada que, al pronunciar su opinión sobre las viejas leyes, le había arrojado el piloto del cronomóvil.

«Tú esperas llegar a ser presidente del Consejo —pensó Lathio—, pero me parece que te vas a llevar algo más que una amarga desilusión.»

* * *

John y Arabel se detuvieron tras un espeso grupo de matorrales, situados a media ladera de una pequeña colina, desde la cual dominaban perfectamente la casa, observando ésta detenidamente durante unos momentos, antes de decidirse a tomar una resolución.

La casa se hallaba situada en el fondo de un pequeño valle, por cuyo centro corría un arroyuelo, el cual era embalsado en una presa de veinte metros, aproximadamente, a unos cincuenta del edificio, cuya presa servía para proporcionar energía eléctrica suficiente para las necesidades de la casa. John se admiró de que, en una época en que la energía era proporcionada barata y abundantemente por las centrales nucleares, hubiera alguien que precisara recurrir todavía a los antiguos sistemas, pero se convenció a sí mismo, diciéndose que acaso

el dueño de la misma no había querido gastarse el dinero preciso para la instalación de una central atómica de pequeño tamaño, o bien que se proporcionaba su propia fuerza, con objeto de tener, en este aspecto, una completa independencia.

En cuanto a la casa, era de buen tamaño, dividida en dos cuerpos enlazados entre sí por un pasadizo a modo de puente situado a la altura del primero y único piso, aparte de la planta. Uno de los cuerpos, evidentemente, era el que servía para la vivienda, en tanto que el otro, a juzgar por su aspecto, parecía ser un laboratorio científico o cosa por el estilo, especialmente al ver los amplios ventanales, dotados de vidrios polarizados a voluntad, con lo que podían hacerse opacos, translúcidos o transparentes, según se precisara.

Arabel hizo un gesto de extrañeza.

—Es curioso —dijo.

—¿Qué es curioso, querida? —dijo John.

—Ese edificio.

—Pues yo no le veo gran cosa particular —murmuró John.

—No, si no me refiero a su estructura —contestó la muchacha—, sino a su emplazamiento aquí.

—Si el dueño de la casa es algún sabio, no cabe duda entonces de que ha escogido el mejor emplazamiento para trabajar en un completo retiro.

—Tampoco es eso, John. Es cierto que hace algún tiempo que no vengo por estos parajes, pero ello no quita para que pueda afirmar categóricamente que hace un año no había aquí edificación de ninguna clase.

—Bueno —dijo el joven—; pero ello no tiene nada de particular. Una persona se siente cansada de pronto del mundo y sus atractivos y busca la soledad. Si tiene dinero, puede permitirse el lujo de construirse una casa a su gusto y con las comodidades que le plazcan, ¿no?

—¿Los telescopios forman también parte de las comodidades?

John siguió con la vista la dirección que le señalaba el índice de la

muchacha y advirtió en uno de los extremos del segundo cuerpo de edificio una pequeña cúpula de tipo astronómico, que hasta entonces había pasado para ellos como el remate de una torrecilla de adorno y que, en el momento de hablar Arabel se estaba abriendo en una hendidura por su centro, cuyo objeto no dejaba lugar a dudas.

—Esto quiere decir que el dueño de la casa es aficionado a la astronomía, Arabel.

—¿Astronomía… a estas horas? —dijo ella señalando al Sol que batía con toda su fuerza el lugar.

John se encogió de hombros.

—Hay astrónomos que se preocupan únicamente de observar el Sol, sus protuberancias, sus manchas… Acaso nuestro hombre sea uno de éstos, ¿no?

—Sea lo que sea, John, ¿qué es lo que piensas hacer ahora?

El joven se volvió, mirando gravemente a la muchacha.

—Debería dejarte ahí y yo proseguir mi camino hacia la sierra, Arabel.

—¡No, jamás! —exclamó ella impulsivamente.

—Si sigues conmigo, irás a la ruina. Te acusarán de complicidad en la evasión de un condenado y…

Arabel rodeó con sus brazos el cuerpo del joven y hundió su rostro en el pecho varonil.

—No me importa lo que pueda ocurrirnos en el futuro, John. Ahora te tengo a mi lado, y eso es lo único importante para mí.

El joven acarició con las manos los cabellos de la muchacha.

Murmuró:

—Eres maravillosa, Arabel, pero me resisto a llevarte conmigo…

Arabel levantó sus ojos, inundados de una maravillosa luz interior.

—Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios, y a donde quiera que tú vayas, yo te seguiré —recitó ella, con las pupilas húmedas.

John, sin poderse contener, inclinó su rostro y tocó suavemente con

sus labios los de la muchacha.

—Así sea —murmuró John. Y después de unos momentos de silencio, dijo—: Vamos a pedir algo de comer en esta casa. Posiblemente no sepan todavía lo ocurrido.

Cogidos del brazo, descendieron la pendiente y llamaron a la puerta unos minutos más tarde, tras haber salvado el arroyuelo por un rústico puentecillo que había en su mitad.

Un hombre salió a abrirles la puerta. Miró a la pareja, hallándolos sucios y rotos, y preguntó:

—¿Qué es lo que desean ustedes?

John contestó:

—Hubo un incendio allá abajo, en la zona llana, y nos salvamos de milagro. ¿Podría usted darnos algo de comer y beber?

El hombre asintió.

De pronto, sonó una voz en el interior de la casa.

—¿Quiénes son, Eccles?

Detrás de la voz surgió un hombre ya de edad, con los cabellos completamente blancos, que miró con curiosidad a la pareja.

—Dicen que estuvieron a punto de perecer en el incendio de la llanura y que vienen aquí huidos, buscando algo de comida y bebida, profesor. Son el señor…

—John Smith —se apresuró el joven a dar un nombre, falso a medias, añadiendo luego—, y la señorita Arabel… mi… prometida…

Eccles arqueó una ceja inquisitivamente. La muchacha se dio cuenta del desliz cometido por John, el cual no se había preocupado siquiera de enterarse de su apellido y, sonriendo, trató de enmendarlo.

—Arabel Corcoran, señor —dijo.

—Yo soy Elmer Eccles y aquél es el profesor Meier —dijo el ayudante con tono seco—. Tengan la bondad de seguirme, por favor.

—Eccles, están sucios y derrotados. Mire a ver qué ropas encuentra para ellos y luego les enseña el baño. Cuando haya terminado, venga

por el laboratorio; creo que tendré buenas noticias que darle. Las sugerencias de aquellos dos individuos que cenaron anoche con nosotros parece ser que van a dar sus frutos.

—Una noticia muy interesante, profesor —comentó fríamente. Eccles inmediatamente se volvió hacia la pareja—. Por aquí, tengan la bondad.

Media hora más tarde, John y Arabel, vestidos con ropas limpias, bañados y aseados, afeitado él, se hallaban frente a una mesa bien provista de viandas.

Eccles murmuró una excusa cualquiera y se alejó, dejándolos solos.

Cuando estuvo segura de que no iba a ser oída, Arabel murmuró:

—¿Qué opinas de esta pareja, John?

—Hay que hacerlo en forma individual, querida —contestó él en el mismo tono—. El profesor Meier parece buena persona, en tanto que a Eccles se le ve adusto y con cara de poco amigo. No obstante, y aparte de estarles agradecidos, no conviene mucho fiarse de las apariencias; de sobra son sabidos los chascos que éstas suelen proporcionar.

—Pues a mí no me gusta el tal Eccles.

—¿Tan mal aspecto le ves?

Arabel meneó la cabeza.

—Por el contrario; es un tipo interesante, especialmente desde el punto de vista femenino. Muy atractivo, pese a que ya está entrando en la madurez, capaz de llevarse a las mujeres de calle, a poco que se lo propusiera; pero ¿qué quieres? El instinto, en estas ocasiones, no suele fallarnos y... decididamente, no me gusta, John, no me gusta.

—¡Bah! ¡Tonterías, Arabel! —se echó a reír el joven—. ¿Acaso piensas que hemos caído en un castillo del conde Drácula?

—No, pero... —y la muchacha se calló, no muy convencida.

Hubo unos momentos de silencio, mientras la pareja terminaba de cenar. De pronto Arabel preguntó:

—John, quisiera saber una cosa.

—¿De qué se trata?

Arabel enrojeció visiblemente, en tanto que vacilaba al hablar.

Al fin dijo:

—Verás… John, yo nunca… Quiero decir que te amo por ti mismo, sin importarme lo que hayas hecho antes de ahora… Supongo que… si mataste a aquel hombre sería por… por alguna razón muy poderosa.

Los músculos de los brazos de Rhoderick se tensaron bruscamente.

—Sí, en efecto —dijo con voz sorda—; muy poderosa.

—¿O… otra mu… mujer quizás, John? —preguntó ella palidísima.

El joven sacudió enérgicamente la cabeza, lo cual provocó un gran suspiro de alivio a la muchacha, cuyos colores empezaron a retornar poco a poco. John, entonces, con la vista fija en la mesa, habló:

—Te juro por cuanto más ame en este mundo, Arabel, que yo no pretendía matar a aquel sujeto. Fue, hasta cierto punto, un accidente desgraciado. Le golpeé con fuerza en la mandíbula, después de una discusión particularmente violenta… ¡y al caer se desnucó!

»Pero quiero que sepas que fui siempre el provocado, el atacado, vejado e insultado constantemente por aquel hombre, jefe de sección en la casa donde trabajaba y que hábil psicólogo, esto hay que reconocérselo, conocía mi valor como elemento de trabajo y sabía que a la corta o a la larga acabaría rebasándole de largo. Esto le creó un complejo contra mí, que desahogaba como podía, Arabel. Yo soporté mucho; tuve con él terribles discusiones; traté de contenerme siempre… pero al fin hubo de llegar lo inevitable.

»Y como el jurado conocía los antecedentes de enemistad que había entre nosotros dos, no hubo, pues, discusión en la pena que había que aplicar. Eso fue todo, Arabel, créeme.

Hondamente conmovida, la muchacha colocó una de sus manos sobre la de Rhoderick.

—Te creo —dijo suavemente—; te creo, sin necesidad de que me lo jures, John.

Una débil sonrisa apareció en los labios del joven.

—Gracias, cariño. Eres muy buena conmigo.

—Porque te amo, John.

Un momento permanecieron los dos jóvenes mirándose frente a frente, callados, silenciosos, comunicándose con las pupilas la inmensidad del amor que tan brusca y apasionadamente había nacido entre ellos. Pero, súbitamente, aquel éxtasis fue roto por la voz de una persona que dijo:

—Supongo que estarán muy cansados, ¿no es así?

John y Arabel se volvieron en redondo, arrancados a la mutua contemplación, viendo casi frente a ellos al profesor Eccles.

—Pues... sí, señor Eccles —dijo John—. Hemos pasado unas horas de verdadera prueba y la verdad es que estamos rendidos.

—Entonces, si tienen la bondad de seguirme, les indicaré sus habitaciones. No tienen lo que podría decirse un lujo asiático, pero espero las encontrarán confortables, que es lo que en estos momentos les interesa, ¿no?

John asintió y se puso en pie.

—Mil gracias, señor Eccles. Es usted...

El aludido levantó la mano.

—No me lo agradezcan a mí —dijo—, sino al profesor Meier, dueño de la casa. Lo único que les ruego, es que sepan disculparnos; vivimos en un casi completo aislamiento, y sólo un par de veces por semana vienen a reponer nuestros víveres y asearnos un poco la casa. Vengan, por favor.

En la soledad de su habitación, acostado en una limpia cama, tal como había dicho Eccles, sin lujos pero cómoda, John, con las manos en la nuca, pasó revista a todos los acontecimientos que le habían ocurrido en los últimos días, los cuales, realmente, habían sido agitadísimos y pródigos en emociones para él. Pero la fatiga y el cansancio, dominándole, acabaron por vencerle y cayó en un profundo sueño, no turbado por ninguna visión que pudiera alterar su sistema nervioso.

John durmió tranquilamente durante un periodo de tiempo que no pudo precisar, pues carecía de reloj. Pero, de súbito, se despertó, sentándose en la cama, lleno su ánimo de una extraña premonición que no supo explicar.

Se echó nuevamente, tratando de conciliar otra vez el sueño, pero pronto supo que no podría dormir otra vez. Inquieto, sin saber

exactamente la causa, se tiró de la cama, acercándose a la ventana, que había quedado abierta, en virtud de la elevada temperatura que reinaba.

Tenía sus pupilas acostumbradas a las tinieblas y ello le permitió advertir un objeto que, en circunstancias normales, no habría sido capaz de ver; un objeto que él conocía muy bien, por haber servido para salvarle la vida y del cual, en aquellos precisos instantes, estaban desembarcando dos hombres.

CAPÍTULO IX

Cuando Eccles estuvo seguro de que sus dos huéspedes dormían ya en sus respectivas habitaciones, fue al encuentro de Meier.

Éste se alegró al verle.

—¡Ah, Eccles, celebro que haya venido! Precisamente estaba yo a punto de llamarle y…

—¿Sí? —inquirió cortésmente el ayudante—. ¿Hay algo nuevo?

—Oh, no… aunque mejor sería decir que sí. La llegada de aquellos profesores de la universidad de Princeton nos ha resuelto en gran manera el problema que nos aquejaba. Me refiero al predictor, naturalmente.

Meier se interrumpió para chupar su vieja pipa y luego continuó:

—Quería hablarle a usted de nuestros huéspedes, Eccles. ¿Qué le parecen?

El ayudante frunció el ceño.

—¿En qué sentido, profesor?

—Pues… en todos, naturalmente. En el físico y en el moral.

—Hombre, a primera vista, creo que están sanos tanto de lo uno como de lo otro. Aunque, por supuesto, debería ser comprobado mediante las oportunas pruebas de laboratorio.

—¡Eso mismo opino yo! —chasqueó la lengua el profesor—. Eccles, creo que no hemos hallado mejor pareja para nuestros designios que ésta que se nos ha venido tan de sopetón. ¿Qué opina usted?

El ayudante abrió unos ojos como platos. Pero Meier no reparó en su aturdido asombro.

—La tierra va a ser desprovista de vida por una catástrofe, cuyos primeros síntomas empiezan a advertirse ya. Elevación de temperatura, precisamente a finales de verano, cuando la media desciende ligeramente; aumento de las radiaciones solares, que interfieren notablemente las comunicaciones inalámbricas y aun las que se verifican por medio de hilos… y otras cosas que no es preciso enumerar.

»Ahora bien —siguió el profesor—, si queremos que nuestro mundo sea nuevamente poblado, hemos de dejar a alguien perfectamente sano, sin la menor tara física o moral y, en mi opinión, estas cualidades, salvo las oportunas comprobaciones de laboratorio, sólo se dan en nuestros huéspedes. Teníamos que buscar un hombre y una mujer jóvenes y sanos. ¿Por qué no quedarnos con John y Arabel?

Eccles procuró disimular la impresión que le causaban las palabras del profesor. Sonriendo tranquilamente, dijo:

—Estoy de acuerdo con usted, profesor… pero, ¿por qué limitarnos a una pareja tan sólo? ¿No cree que aumentaríamos las posibilidades de supervivencia de la Humanidad buscando cuatro o cinco parejas?

Meier movió la cabeza, denegando.

—No —contestó—; no nos conviene tal cosa, aunque reconozco que no está tan desacertada la idea. El plan, sin embargo, adolecería de grandes inconvenientes, la falta de un secreto absoluto, que debemos conservar por encima de todo, el principal. John y Arabel podrían quedarse con nosotros, primero con una excusa cualquiera, y luego enterándoles poco a poco de lo que deseamos de ellos. Si son prometidos, pueden casarse; no debemos olvidar los escrúpulos morales, ¿comprende usted, querido Eccles?

Éste se inclinó.

—No tengo nada en absoluto que objetar a su plan, profesor.

—Muy bien. Y ahora, dígame, ¿cómo van los trabajos de la cueva?

—Por ahora —repuso Eccles—, estamos solamente en el principio. No obstante, he encargado ya las puertas de apertura automática, así como toda la serie de utensilios cuya lista hicimos y que no tardarán en llegar. Sin temor a error, creo que antes de dos meses podremos tenerlo todo listo.

Meier aprobó, suspirando.

—¡Dos meses! —repitió—. Un plazo acaso largo, puesto que los acontecimientos se precipitarán, pero al cual no tenemos otro remedio que sujetarnos. Gracias otra vez por todo, Eccles.

El ayudante, entendiendo que se le despedía, saludó y se retiró.

Pero apenas hubo salido de la estancia, corrió a su habitación, procurando no hacer el menor ruido. Tenía allí una mesita con revistas y periódicos, casi todos ellos de fechas atrasadas, los cuales comenzó a hojear frenéticamente.

Le costó más tiempo que el que había calculado, pero, al fin, cuando ya desesperaba de lograr sus propósitos, encontró lo que deseaba.

En una revista de tipo sensacionalista halló una fotografía que ocupaba media página, cuyo epígrafe, en gruesos caracteres, decía:

«¡JOHN RHODERICK CONDENADO A LA ÚLTIMA PENA!

¡EL GOBERNADOR DESECHA LA APELACIÓN!»

Eccles sonrió sardónicamente, terriblemente satisfecho de su hallazgo. Permaneció aún durante unos momentos contemplando las facciones de su huésped, y luego, con paso silencioso, volvió hacia la puerta, aplicando el oído a la madera.

No se oía el menor rumor. Tranquilo a este respecto, Eccles regresó junto a otra mesita, sobre la cual había un visófono y, sin inmutarse, marcó el número de la policía de la ciudad más cercana.

* * *

La estupefacción le duró bien poco a John.

Sin perder un segundo, regresó junto al lecho y se vistió en contadísimos segundos, después de lo cual regresó junto a la ventana.

Ésta se hallaba separada del suelo por una distancia no superior a los cuatro metros, por lo cual John pudo salvar fácilmente aquella distancia, quedándose junto a la pared unos instantes, hasta hallarse seguro de que su presencia en aquel lugar no había sido advertida por nadie.

La espera duró muy poco. John echó a correr en absoluto silencio, llegando en pocos momentos a aquel artefacto tan extraño, cuya utilidad ignoraba, pero cuyo poder, aun en parte mínima, conocía bastante.

Una extraña advertencia, cuya procedencia le era imposible de identificar, le hizo abstenerse de tocar nada del cronomóvil, lo cual no le sirvió de obstáculo para examinarlo con toda atención.

Pero no tardó mucho tiempo en decirse que mejor que perder el tiempo ante el aparato, sería buscar a sus dos ocupantes. Quería hablar con ellos; necesitaba verlos, pues sentía la necesidad de hablarles. A fin de cuentas, aquellos extraños personajes le habían dicho una cosa: tenían que conservar su vida a toda costa, y John no se consideraba todavía muy seguro de hallarse completamente a salvo de sus perseguidores.

Miró en torno a él, calculando el posible lugar a donde debían haberse dirigido aquellos hombres. Por unos momentos permaneció allí completamente desconcertado, pero luego, reaccionando, se dirigió hacia el segundo cuerpo de edificio, cuya puerta halló vuelta pero no cerrada.

No le cupo la menor duda de que la pareja había penetrado por allí. Vaciló unos momentos, y súbitamente, un extraño presentimiento le hizo volverse.

Se felicitó de haber obrado así. Antes de hacer nada más, se retiró de la puerta, resguardándose tras la otra esquina más próxima de la casa, desde donde con ojos desorbitados por el asombro, contempló la materialización de un segundo cronomóvil.

Dos hombres descendieron del segundo aparato, mirando aprensivamente en torno a ellos. Luego, tras una ligera vacilación, se dirigieron hacia la puerta que el joven había abandonado unos

segundos antes.

Al llegar allí se detuvieron. Cuchichearon entre sí, sin que John pudiera escuchar ninguna palabra de aquel diálogo, y luego, casi a una, extrajeron unos aparatos que relucieron siniestramente bajo la fría luz de las estrellas.

John se sobresaltó enormemente. Tentado estuvo de dar voces, con lo cual hubiera advertido a sus amigos, pero no quiso hacerlo. La sorpresa, bien utilizada, podría darle muchos mejores frutos que no una alarma desatentada.

Los desconocidos desaparecieron en el interior del edificio. Cinco segundos más tarde John les siguió, tan silenciosamente como un reptil.

El joven desconocía en absoluto la topografía del edificio por lo que, al cruzar bajo la puerta, se sintió por un momento bastante desconcertado. Pero palió aquel inconveniente arrimándose a una pared y caminó sin dejar de tantearla.

Avanzó lentamente.

La pared dobló de pronto en ángulo recto y cuando John hubo hecho lo mismo, percibió frente a sí, a una distancia que no podía precisar, una tenue iluminación que surgía por debajo de una puerta no cerrada del todo.

Con infinito cuidado, John se acercó a la puerta, tratando de escuchar a través de la rendija. Oyó una conversación, en efecto, y al escuchar lo que se decía al otro lado creyó haberse vuelto loco o, cuando menos, estar soñando.

—¿Qué, Roder? ¿Funciona bien el predictor del profesor Meier? —decía una voz de sarcásticos tonos.

—¡Wiler! ¡Usted aquí! ¿A quién ha pedido permiso para desplazarse de su Edad? —contestó Roder en el colmo del asombro.

—Olvida usted, mi querido colega, que en mi calidad de consejero, ese permiso no me es preciso. Vine hasta aquí… porque me pareció oportuno; eso es todo.

—Y acompañado de un traidor, a lo que veo —dijo Roder con infinito desprecio, al darse cuenta de la presencia allí de Lathio.

—La traición de Lathio —contestó fríamente Wiler— consiste únicamente en haber obedecido mis órdenes. Pero no hemos venido a hablar de Lathio, sino de nosotros dos.

—Está bien. ¿Qué es lo que desea?

John supuso que el llamado Roder, cuyo nombre oía por primera vez, así como su compañero no se movían, sujetos bajo las amenazas de las armas que empuñaban los recién llegados. Contuvo la tentación de intervenir y quedó allí escuchando el resto del diálogo.

—Varias cosas, aunque, de momento lo más importante es saber si el predictor del profesor Meier funciona ya.

—Sí. Del todo.

—¿Qué plazo establece para la fase de recalentamiento del Sol, Roder?

—Unos noventa o cien años; en esto la seguridad no es absoluta. Pero del siglo no pasará la fase inestable.

—Magnífico. Entonces el profesor Meier lo preparará todo para dentro de unos trescientos años, cuando ya la vida vegetal haya renacido sobre la Tierra, ¿no es así?

—Eso calculo yo —contestó Roder—, aunque lo más correcto sería averiguarlo mediante un adecuado uso del cronomóvil.

—¡Bah! —dijo Wiler—. Un sistema muy fatigoso que nos haría perder demasiado tiempo. Lo importante es que el profesor Meier sepa correctamente el tiempo de que dispone. A lo que parece, las deficiencias técnicas de que adolecía el predictor están ya subsanadas.

—Así es. Lazam y Borjers actuaron bien y discretamente.

—Lo tendré en cuenta cuando regrese a nuestra Era. Y ahora...

—¡Un momento! —exclamó Roder—. ¿Qué es lo que piensa hacer usted, Wiler?

—Suprimirle, Roder —dijo fríamente el aludido—. Lo mismo que a su ayudante Esmiz. Luego me ocuparé de John Rhoderick; no puedo consentir que este tipo sea el Iniciador.

John se sobresaltó enormemente al oírse nombrar, pero se vio constreñido a seguir escuchando.

—¡Wiler! Usted no puede hacer tal cosa. Provocaría un cronoclismo. John Rhoderick debe ser el Iniciador. Si lo mata, alterará la Historia y convertirá a la humanidad en una masa de bestias salvajes.

Wiler se echó a reír.

—¡Qué aprensivo es usted, Roder! Esas palabras pudieran tener valor en cualquier otra boca, pero no en la suya —dijo Wiler con repentina dureza—. Usted está terriblemente orgulloso de ser descendiente directo del Iniciador y, hasta incluso, lleva su nombre, aunque ligeramente desfigurado por las alteraciones gramaticales impuestas por el tiempo. John Rhoderick, Jan Roder. Pero usted va a dejar de existir ahora... ¡y luego me encargaré de Rhoderick!

El joven creía estar soñando al oír aquella conversación que se estaba desarrollando a tan corta distancia de él. No acababa de creerlo del todo, pero allí, al otro lado de la puerta, había unos hombres que pertenecían a un futuro todavía remotísimo, uno de los cuales hablaba de suprimirle a él con la misma facilidad con que hablaría de un perro. Y luego, la vida en la Tierra se iba a extinguir... Él iba a ser el Iniciador... ¿de qué? ¿Por qué tenían unos tanto empeño en conservarle la vida y otros en matarle? Además, según acababa de oír, uno de los que allí se encontraban era descendiente suyo. ¿Cómo podía tener descendencia, si aún no se había casado?

—Jan Roder, el orgulloso de su estirpe... ¡descendiente de un vulgar asesino! No quiero que nuestro pueblo pase por tal vergüenza, Roder; por eso, lo mejor que puedo hacer es... ¡mataros a ti y a tu antepasado!

John entendió que el momento culminante había llegado ya. Sin vacilar un solo momento, pegó un terrible empujón a la puerta y se arrojó hacia adelante.

La sorpresa que provocó su aparición fue total. Nadie se lo esperaba allí y por ello, el ruido que hizo al irrumpir tan violentamente en la estancia obligó a Wiler y a Lathio a volverse en el acto.

Pero John no hizo el menor caso de la amenaza que representaban unas armas por completo desconocidas para él. Lo único que sabía era que allí se estaba a punto de cometer un crimen y que la segunda víctima iba a ser él mismo, cosa que, naturalmente y mientras pudiera, estaba dispuesto a evitar por todos los medios.

Lanzándose hacia adelante, en violenta zambullida, atrapó por el talle a uno de los que sostenían las armas que resultó ser Wiler. Los dos

hombres rodaron por el suelo, pero la ventaja era de John, quien se deshizo con cierta facilidad de su adversario, el cual, por otra parte, según advirtió el joven, no estaba acostumbrado, ni con mucho, al uso de sus músculos. Un seco golpe a la mandíbula bastó para dejarle inconsciente, tras de lo cual, se puso en pie.

Los otros tres hombres luchaban fieramente entre ellos, pero lo hacían rematadamente mal, pues, a lo que se veía, no lo habían hecho jamás. John se aproximó al grupo de luchadores y sacó de él, con relativa facilidad, a Lathio.

Lo tomó por el hombro y lo hizo girar en redondo, al mismo tiempo que echaba su brazo hacia atrás. Acto seguido disparó su puño, haciéndolo impactar con terrible fuerza contra el mentón del traidor, que se desplomó en el suelo, convertido en una masa inerte. Y a continuación, John se enfrentó con su descendiente.

CAPÍTULO X

Mientras Esmiz recogía las armas, John y Roder se enfrentaron, contemplándose mutuamente.

Naturalmente, al cabo de seis mil años, el parecido fisonómico había desaparecido. Pero el evadido había oído lo suficiente y esto, unido al hecho irrefutable de haber visto en funcionamiento los extraños aparatos a los que había oído llamar cronomóviles, era suficiente para hacerle creer en la veracidad de todo cuanto estaba oyendo.

—Así, pues —dijo—, tú eres mi descendiente, ¿eh?

Jan Roder sonrió.

—Exactamente. Es curioso, ¿no? Dos hombres separados entre sí por una distancia de seis mil años, hablándose tranquilamente frente a frente. Te parecerá absurdo, John.

—Para un hombre de mi época, por supuesto. Estas cosas no ocurren ahora. Nuestros adelantos son muchos, pero hasta ahora, que yo sepa, nadie consiguió inventar una máquina capaz de trasladarse a través del tiempo.

—Nosotros sí… aunque a veces dudo si no sería mejor destruirlas. De todas formas, no estamos aquí para comentar las ventajas o desventajas de los cronomóviles, John, sino para salvarte a ti la vida.

—Sí, ya sé que va a ocurrir una catástrofe de tipo universal; pero, francamente, se me hace muy cuesta arriba creer tal cosa —repuso el joven.

—Es la pura verdad. El sol, sufriendo una elevación de temperatura debido a una anormalidad en su masa, arrasará cuanto hoy vive sobre la superficie del planeta. Tal estado de cosas durará alrededor de cien años, pasado cuyo período de tiempo todo volverá, aunque poco a poco, como es lógico suponer, a la normalidad.

—¿Quieres decir… que todos los habitantes de la Tierra van a morir?

Roder asintió.

—Sí —dijo—; y lo de menos sería advertirles y preparar lugares donde guarecerse de las elevadas temperaturas, si la cosa fuera cuestión de unos días o semanas a lo sumo. Pero una inestabilidad térmica que va a durar muy cerca de un siglo, no permite hacerse ninguna clase de ilusiones. No hay ya tiempo para grandes hazañas, máxime cuando, dentro de dos meses, las cosas se pondrán ya muy feas.

—¡Dios mío! —exclamó el joven—. ¡Eso que dices es terrible!

—Pero cierto, John. Y por ello estamos aquí; para tratar de salvar tu vida… y la de Arabel, naturalmente.

—Gracias —murmuró meditabundo el joven—. Pero, ahora, lo que yo me pregunto es: Si Arabel y yo estamos destinados a salvarnos, ¿cómo será posible que aguardemos todo ese tiempo a que la Tierra pueda ser habitada de nuevo?

—El profesor Meier tiene ya trazado un plan, que merece nuestra completa aprobación. Os guardará en un lugar, aislado de toda elevación nociva de la temperatura, donde, en estado de hibernación, con la vida suspendida, aguardaréis el momento de despertaros, momento que será provocado automáticamente por unos aparatos construidos a tal efecto.

—¡Dormir un siglo! —se asombró el joven.

—No, ¡tres! —contestó Roder—, puesto que es conveniente que despertéis cuando la superficie de la Tierra haya empezado a recobrar

su actual fisonomía. Hacerlo antes sería peligroso, ¿comprendes?

—Sí —dijo John—, pero, ¿por qué ser yo el elegido?

—Es tu destino —dijo firmemente Roder—. Tenías que matar, ser condenado a muerte, evadirte y venir a parar aquí, a casa del único hombre que sabe lo que va a ocurrir y que es el único también que te conservará la vida. ¿No ves en ello una maravillosa concatenación de hechos, John?

El joven asintió.

—Y la mano de Dios también —dijo reverentemente.

—Así es —declaró Roder—. Tú y Arabel sobreviviréis a este primer fin de la Humanidad y seréis quienes la repobléis nuevamente. Una dura tarea os aguarda, pero la recompensa de saberos los salvadores de la vida humana es más que suficiente.

—Sí —contestó John, el cual acto seguido miró a los caídos y no pudo evitar una sonrisa—. Sois un poco blandos en vuestra época, Jan.

Éste sonrió.

—No es la lucha nuestro fuerte, desde luego. Pero, en cambio, estamos desarrollando ahora otras fuerzas...

—¿Mentales?

Roder asintió y John hizo entonces un gesto de disgusto.

—Eso no me gusta, Jan, y si yo estuviera en tu lugar, prohibiría inmediatamente tal cosa. No sé en dónde leí que el hombre acabaría olvidándose por completo del músculo y concentrándose absolutamente en la fuerza de su cerebro. Vi también una pintura del hombre del futuro, con un cráneo monstruosamente desarrollado, en tanto que sus piernas y brazos se habían reducido al papel de meros tentáculos, que apenas si podían sostenerle y subvenir a sus necesidades más perentorias. Si está en tu mano evitarlo, hazlo, Jan. Una perfecta armonía entre el músculo y el cerebro es lo más conveniente para la salud de la humanidad. Que ninguno de ellos predomine sobre el otro; de lo contrario, una nueva catástrofe, ésta ya absolutamente irremediable, os aguarda.

Roder escuchó absorto la peroración de su antepasado. Luego sonrió.

—Sí, creo que tienes razón, John. Nos estamos volviendo muy blandos, y la misma Historia dice que, por muy civilizado que esté un pueblo, cuando desfallece físicamente, acaba por sucumbir. Espero llegar a Presidente y cuando esto suceda, empezaré a corregir tal estado de cosas.

Después hubo una leve pausa, durante la cual los dos hombres se miraron sonriendo; entonces dijo Roder, mirando hacia la ventana.

—Es hora ya de marcharnos. Ya no nos volveremos a ver, John.

—Es una lástima, Jan, pero… de todas formas, os quedo muy agradecido por vuestros favores. —Y luego miró a los dos hombres tendidos en el suelo, cuya inconsciencia proseguía aún—. ¿Qué pensáis hacer con ellos, Jan?

—Eso lo decidirá el Consejo oportunamente —contestó Roder con tono duro—. Esmiz, vamos a llevárnoslos, pilotando cada uno un cronomóvil.

—Sí, Excelencia.

John y Jan se estrecharon fuertemente las manos.

—¡Adiós! —dijeron al unísono.

Desde la puerta de la casa, John presenció la partida de los cronomóviles. Había una luz gris en el ambiente, mas, a pesar de todo, se notaba un calor que no correspondía ciertamente a aquellas horas de la mañana. El joven empezó a comprender los últimos acontecimientos.

Agitó la mano correspondiendo al saludo de Roder. Luego, éste y sus compañeros se esfumaron y el joven quedó allí, solo, meditando acerca de cuanto acababa de saber y ocurrirle.

Permaneció en tal postura durante unos minutos, inmóvil, convertido en una estatua, saliendo de su estatismo al oír un ruido extraño a sus espaldas.

Se volvió rápidamente, enfrentándose con la negra boca de una pistola, mucho más contemporánea que las que habían usado los hombres del siglo LXXX. Y detrás de la pistola estaban las duras facciones de Eccles, en cuya boca se dibujaba una sardónica sonrisa.

—Te cacé, amiguito, te cacé —dijo el ayudante—. Cuánto me alegro

de que tú mismo me hayas dado la ocasión de liquidarte.

John se sobresaltó enormemente. En un instante se olvidó de todo y su atención se centró por completo en el arma que era sostenida firmemente a tres metros de distancia por una mano que no temblaba en absoluto.

—¿Qué es lo que quiere usted de mí? ¿Por qué me amenaza de esa manera?

—Te diré —contestó Eccles sin dejar de sonreír—. Hay varios motivos por los cuales me estorbas, uno de los cuales es suficiente para que yo desee tu desaparición. Ahora bien, hacer esto con una persona normal me traería muchos inconvenientes que contigo quedan soslayados automáticamente. Eres un asesino huido de presidio, sobre quien toda persona decente puede disparar impunemente, sin que le ocurra absolutamente nada.

»Ahora bien, esto no tendría importancia alguna y yo dejaría con mucho gusto tan sucia faena para el verdugo si no nos hallásemos en unas circunstancias extraordinarias. El profesor Meier te guarda para unos fines de su conveniencia. Pero la mía es muy distinta y yo no quiero morir tostado. No me entiendes, pero es igual…

—Se equivoca usted, Eccles —contestó serenamente el joven—. Sé lo que va a ocurrir y sé también que el profesor Meier quiere que Arabel y yo nos salvemos. A usted, por lo visto, no le ha gustado ese plan, ¿verdad?

Una mueca de furia convulsionó las facciones del ayudante, al mismo tiempo que su mano se crispaba sobre la culata de la pistola.

—¿Quién te lo ha dicho? —exclamó, con un bramido.

—¿Alteraría sus planes el saberlo? —repreguntó el joven.

Rehaciéndose, Eccles volvió a reír.

—Tienes razón. ¿Qué más da? Ése es un detalle accesorio. Lo principal para mí es que tú eres un asesino, a quien dimos alojamiento y que, en pago de nuestras bondades, te dedicaste a merodear por nuestra casa, en cuyo momento yo te sorprendí. Luchamos y me vi obligado a disparar contra ti. ¿Quién me reprochará nada? Al contrario, me darán una recompensa, ¡los muy estúpidos!; que no saben que mi verdadera recompensa será renacer a la vida dentro de trescientos años. Me alegro de que las radiaciones anormales que emite el Sol me

impidieran anoche comunicar con la policía; éste es un método más seguro para mí. De esta forma… no correré el riesgo de que te evadas por segunda vez.

Eccles hizo una leve pausa, sonriendo siniestramente, al mismo tiempo que levantaba el arma. Dijo:

—¡Y ahora, Rhoderick…!

John tensó todos sus músculos, dispuesto a lanzarse sobre su enemigo, no queriendo morir como un conejo. Pero antes de que pudiera hacer nada, sonó un fuerte grito.

La voz excitada de la muchacha sobresaltó a los dos hombres.

Eccles volvió la cabeza un solo instante, dándose cuenta de que también el profesor acudía hacia aquel lugar, a todo correr, llamándole desesperadamente.

Aquella breve distracción fue suficiente para el joven, quien, sin dudarlo un momento, se arrojó sobre su contrincante, avanzando la muñeca izquierda, con la cual sujetó la muñeca armada del ayudante, evitándole disparar. Los dos hombres se trabaron en una lucha feroz, sin cuartel, peleándose encarnizadamente por la posesión del arma.

Con los ojos desorbitados por el espanto, sujetándose la cabeza con las manos, Arabel presenció la horrible lucha, en tanto que, a su lado, el profesor murmuraba con defraudados acentos.

—¿Quién lo iba a creer? Mi mejor ayudante, mi discípulo preferido… y hacerme esto a mí.

Durante unos momentos todavía, los dos hombres continuaron revolcándose por el suelo, sin hablar, jadeantes, los rostros encarnados por la tensión del momento.

Bruscamente sonó una detonación. Arabel lanzó un agudísimo grito al ver que los dos cuerpos se inmovilizaban repentinamente. Pero esto duró sólo unos segundos. Enseguida, John, muy cansado, pálido, con el semblante lleno de una expresión de pesimismo, se puso en pie, evitando mirar a Eccles, sobre cuyo pecho se iba extendiendo lentamente una gran mancha de sangre.

—Lo siento —murmuró, sin mirar a Arabel ni al profesor—. Yo no quería… pero se trataba de defender mi vida… y él me obligó… Yo… Profesor, llame usted a la policía, será lo mejor para todos.

Rehecho de la impresión en parte, Meier avanzó.

—No —exclamó impetuosamente—, jamás haré eso que usted me sugiere, Rhoderick. Usted tiene un papel muy distinto que desempeñar que el de ser juzgado ante un tribunal por algo que, quizá en el fondo, no sea otra cosa que un acto de justicia.

—¿Es posible que quiera usted confiar el resurgir de la humanidad a un hombre tachado de asesino, profesor?

Meier sonrió levemente.

—¿Quién, después de ti, John —dijo, tuteándolo—, después de ti, Arabel, va a saber lo ocurrido? Vosotros dos seréis los encargados de fundar un mundo nuevo, un mundo lleno de paz, amor y caridad, en donde el odio y la envidia estén proscritos. Necesito abrir una ventana al futuro, pero no puedo ejecutar solo mi labor; preciso de un par de ayudantes, y esos ayudantes sois vosotros, John y Arabel.

A medida que iba hablando el profesor, los dos jóvenes se emocionaban más y más. Cuando Meier terminó su peroración, las manos de ambos estaban fuertemente unidas, como símbolo del lazo que les iba a atar por toda una eternidad.

El predictor, aquella maravillosa máquina construida por el profesor Meier, no falló. La temperatura del sol fue aumentando poco a poco, hasta que el fenómeno pasó a ser del dominio público.

Primeramente, las autoridades trataron de calmar los ánimos, diciendo que era una cosa accidental y pasajera. Pero cuando los días transcurrieron y se vio claramente que la temperatura seguía aumentando en lugar de disminuir, el pánico más absoluto se apoderó de todos los habitantes de la Tierra.

Comenzaron las lógicas y naturales migraciones hacia las regiones polares. Los hielos de los casquetes empezaron a fundirse y aumentaron, con su fusión, el nivel de los océanos, provocando catástrofes sin cuento.

Las epidemias se desarrollaron vorazmente, favorecidos los bacilos por las condiciones imperantes en el planeta. Millones y millones de personas empezaron a sucumbir de todo género de enfermedades, antaño desterradas por modernos medicamentos que ahora resultaba ya imposible no sólo encontrar sino también fabricar. La mortandad fue en aumento, y la catástrofe creció de manera insuperable a lo largo de las vías que conducían a los dos polos.

Pero todo fue inútil. En un principio, la intensa evaporación provocada por el aumento de la temperatura, cubrió la mayor parte del planeta con una espesa capa de nubes que amortiguó no poco el horrendo calor que despedía el sol. Pero hasta este remedio llegó a ser insuficiente al seguir el in crescendo de la temperatura.

Y el fin de la humanidad, muertos sus componentes por todo género de desdichas, accidentes, enfermedades, insolaciones, etc., no se hizo esperar.

Pero mucho antes, dos meses después de haber llegado John y Arabel a casa del profesor Meier, ya se habían tomado las medidas para que ambos jóvenes pudieran sobrevivir al cataclismo que se estaba abatiendo sobre el planeta.

Un día, el profesor condujo a la pareja, que poco antes habían contraído matrimonio, a una cueva situada en lo más profundo de la montaña, en un lugar sólo por él sabido. En la cueva no faltaba de nada, habiéndose hecho acopio de todo cuanto pudiera necesitar la pareja cuando, al despertar, se encontraran con un mundo completamente nuevo para ellos. Incluso, en cámaras especiales, el profesor había guardado unas cuantas parejas de animales más útiles, los cuales habían ya comenzado su período de hibernación, que no duraría menos de trescientos años.

El profesor indicó a cada uno de los dos jóvenes su respectiva litera, situadas la una muy próxima a la otra. Sujetó a ambos con unas correas, para evitar acaso un movimiento intempestivo durante el largo sueño a que iban a estar sometidos y luego empezó a realizar sus últimas manipulaciones.

Después sonrió.

—Adiós, hijos —murmuró—. Vosotros no tenéis que preocuparos de nada. Ocurra lo que ocurra, los motores que mantienen la temperatura y la dosis de aire funcionarán hasta que os despertéis. Para una eventual emergencia, están calculados que duren quinientos años, pero sobrarán doscientos. Todavía creeréis haber empezado a dormir, cuando ya estaréis despertando.

John sonrió y también Arabel.

—Gracias, profesor —dijo el joven, tomando la mano de la que ya era su esposa—. Siempre, siempre le recordaremos a usted, y su gesto al dejarnos vivir para salvar a la humanidad vivirá siempre entre nosotros.

La puerta se cerró con leve chasquido y, desde afuera, el profesor Meier conectó el mecanismo que la abriría automáticamente dentro de trescientos años.

En el interior de la cueva, John y Arabel se sentían cada vez más ganados por la dulce somnolencia que les había provocado ya la inyección que les sumiría en estado de hibernación. Antes de dormirse definitivamente, el joven tuvo tiempo, todavía, de dedicar un último pensamiento a una persona, que no era precisamente Arabel.

La imagen de Jan Roder, su descendiente, surgió ante las pupilas de John, sonriéndole como dándole ánimos para la dura y fatigosa tarea que le aguardaba. John quiso corresponder a aquel hombre que descendía de él a lo largo de innumerables generaciones, pero el sueño cayó bruscamente sobre su conciencia.

Mientras tanto, el profesor Meier había salido fuera de la cueva.

Desde una pequeña plataforma, situada a un par de miles de metros sobre las llanuras circundantes, Meier contempló el brillo del sol, cuya potencia calórica aumentaba día a día.

El profesor sonrió. La aniquilación de la vida estaba cada vez más cerca. Pero esto a él no le importaba.

A sus espaldas había cerrado una puerta que no se abriría hasta trescientos años más tarde. Entonces, aquella puerta dejaría de serlo para convertirse en una ventana abierta al futuro.

FIN